

Cristopher Boehm

**COMPORTAMIENTO IGUALITARIO
Y JERARQUÍA DE DOMINANCIA INVERSA**



La sociedad igualitaria se "explica" principalmente en términos de factores ecológicos o sociales que se autoorganizan. Sin embargo, el comportamiento igualitario se encuentra en una amplia variedad de contextos sociales y ecológicos, y todo indica que tales sociedades son moldeadas deliberadamente por sus miembros.

Este artículo analiza el comportamiento igualitario como una instancia de control de los líderes por parte de sus propios seguidores, quienes se guían por un ethos que desaprueba el comportamiento jerárquico en general y el mando en los líderes en particular.

Un estudio transcultural sustancial revela los mecanismos específicos mediante los cuales las bases políticas crean una jerarquía de dominio inverso, un arreglo social que tiene implicaciones importantes para las comparaciones filogenéticas cruzadas y para la teoría de la formación del Estado.

Christopher Boehm

**COMPORTAMIENTO IGUALITARIO
Y JERARQUÍA DE DOMINANCIA INVERSA**

Christopher Boehm; Harold B. Barclay; Robert Knox Dentan;
Marie-Claude Dupre; Jonathan D. Hill; Susana Kent; Bruce
M. Knauft; Keith F. Otterbein; Steve Rayner

Antropología actual, vol. 34, núm. 3 (junio de 1993), págs.
227–254.

<http://links.jstor.org/sici?sici=0011-3204%28199306%2934%3A3%3C227%3AE%3A%3E2.0.CO%3B2-9>

Current Anthropology es publicado actualmente por The
University of Chicago Press.

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

I. EXPLICACIONES DE LA NIVELACIÓN SOCIOPOLÍTICA

II. NIVELACIÓN INTENCIONAL

III. AMBIVALENCIA HACIA LOS LÍDERES

IV. ANTICIPACIÓN DE LA DOMINACIÓN

V. ¿ES UNIVERSAL LA NIVELACIÓN INTENCIONAL?

VI. ESCALA SOCIAL

VII. FORMACIÓN ESTATAL

VIII. CONSIDERACIONES FILOGENÉTICAS

IX. VARIABLES PSICOLÓGICAS

CONCLUSIONES

COMENTARIOS

RESPUESTA

ACERCA DEL AUTOR

INTRODUCCIÓN

Después de décadas de intensos debates y estudios de campo, las sociedades igualitarias siguen siendo un misterio etnológico. Por un lado, se han ofrecido varias explicaciones causales "materialistas" basadas en factores ambientales, económicos, demográficos o socioestructurales para entidades o tipos particulares igualitarios, pero ninguna teoría general parece explicar el comportamiento igualitario en todas sus formas. Por otro lado, desde el punto de vista de la filogenia, un modo igualitario de vida política nos confronta con una aparente anomalía (ver Boehm 1984, 1991; Knauff 1991). Los grandes simios africanos con los que compartimos un antepasado han marcado jerarquías de dominación social con liderazgo autoritario, al igual que los humanos que viven en jefaturas, reinos y estados. ¿Por qué, entonces, los humanos que habitan en sociedades tradicionales de pequeña escala, en comunidades

localmente autónomas de unas pocas docenas a unos pocos cientos de personas, parecen vivir esencialmente como iguales políticos? Mi intención es resolver la primera cuestión explicando el comportamiento igualitario a partir de una única hipótesis a la vez política y psicológica. Al hacerlo, demostraré que las comunidades igualitarias no son tan distintas de las de otros humanos (y de los grandes simios africanos) como se ha supuesto en la extensa literatura sobre la "sociedad igualitaria".

I. EXPLICACIONES ANTERIORES DE LA NIVELACIÓN SOCIOPOLÍTICA

La "sociedad igualitaria" se ha convertido en uno de los tipos sociopolíticos más conocidos de la antropología (ver Fortes y Evans Pritchard 1940, Middleton y Tait 1958; Service 1962, 1975; Fried 1967). La idea central ha sido que en tales sociedades el liderazgo político es débil y la clasificación y la estratificación entre los hombres adultos están ausentes o silenciadas (ver también Flanagan y Rayner 1988, Knauft 1991). Para los académicos que se enfocan en la evolución política y en los orígenes del Estado en particular, este "tipo" en cierto sentido fue una invención conveniente, proporcionando una línea de base para el análisis diacrónico (ver Mitchell 1978, Schneider 1979, Cashdan 1980). Por lo tanto, la "sociedad igualitaria" se definió originalmente principalmente en términos de lo que se sabía acerca de las sociedades nómadas de recolección de

alimentos a pequeña escala que contrastaban tan obviamente con las políticas centralizadas. Un punto importante en el que se acordó desde el principio fue que prevalecía un aire de "igualdad" fácilmente reconocido entre los hombres adultos y, en el mejor de los casos, los líderes tenían poca autoridad o ventaja económica.

Al explicar la sociedad igualitaria, Fried (1967: 34) hizo hincapié en los "mecanismos de nivelación", en particular los que podrían llamarse *automáticos*: factores externos que probablemente inhibían la jerarquía y que operaban independientemente de las intenciones de las personas. Al principio se centró en las bandas de cazadores y explicó la nivelación en términos de las exigencias de una vida nómada en la que un pequeño grupo altamente cooperativo no podía acumular mucha riqueza material. Durante varias décadas, se reconoció que otros tipos de sociedades exhibían patrones políticos análogos y se explicaron de manera similar en términos de características ambientales, económicas, demográficas y socioestructurales locales. Los análisis de sociedades igualitarias individuales o subtipos específicos que van desde recolectores nómadas hasta horticultores sedentarios han producido una lista impresionante de mecanismos de nivelación automática. Esta lista se aplica (1) a los *cazadores-recolectores nómadas* (ver Gluckman [1965: 4–5] sobre producción económica no especializada, Cashdan [1980: 116] y Slobodin [1969: 194] sobre cómo la subsistencia nómada limita la acumulación

material, Salzman [1979] sobre los efectos de los recursos dispersos e impredecibles, Layton [1986: 24–28] sobre el suministro de alimentos dispersos y el comportamiento territorial, Fried [1967: 33–34] y Woodburn [1982: 440] sobre los sistemas de redistribución no centralizados para la carne de caza mayor; Sharp [1958: 5–6] y Tonkinson [1988: 151] sobre complejas redes de dominación–sumisión basadas en el ego que impiden el surgimiento de jerarquías a nivel de grupo; Turnbull [1965a:228] sobre los cambios constantes en la composición de la banda y su efecto negativo en el desarrollo de la autoridad y el control; y, entre los recolectores recientemente sedentarios, Knauff [1987:466, 477] sobre el asesinato por brujería como sanción que facilita una distribución equitativa de las mujeres); (2) a *los horticultores* (ver Forge [1972: 533–34] y Mitchell [1978: 9] sobre los sistemas redistributivos competitivos basados en el intercambio, Godelier [1982: 4] sobre la ciclicidad inevitable en las carreras de los "grandes hombres", y Mitchell [1988] sobre los efectos niveladores del juego); y (3) a *los pastores* (ver Schneider [1979] y Black [1972:621] sobre los caprichos económicos de la tenencia de ganado; Bumham [1979] sobre los efectos niveladores del nomadismo y los grupos locales flexibles, y Kluckhohn [1966] sobre el efecto nivelador de las acusaciones de brujería).

Los supuestos causales aquí parecen lógicos y los efectos de nivelación potencialmente poderosos, pero ninguno de estos mecanismos proporciona la base para una teoría

general de nivelación en sociedades tradicionales de pequeña escala: "bandas" y "tribus". No todas o incluso la mayoría de las personas igualitarias son recolectores o incluso nómadas. Tampoco, obviamente, son todos jugadores o participan en la competencia comercial de "grandes hombres" o pastores, ni la composición de su grupo es siempre dinámica. Aparte de ser por definición menos centralizados políticamente y menos estratificados socialmente que las personas que viven en cacicazgos, lo principal que parecen compartir es que sus grupos locales son relativamente pequeños y tienen ideologías igualitarias, pero ninguno de los argumentos hace que el tamaño pequeño o un ethos igualitario sean causalmente responsables de la sociedad igualitaria. Así, durante varias décadas de estudio, los antropólogos no han desarrollado una teoría unificada para explicar el comportamiento igualitario.

II. NIVELACIÓN INTENCIONAL

Al escribir sobre los !Kung hace más de una década, Lee (1979: 457–61) atribuyó una importancia causal a un mecanismo de nivelación previamente descuidado, a saber, la fuerte tendencia de la población a restringir el desarrollo de la ascendencia personal entre los hombres adultos, incluidos los líderes. El trabajo de Howe (1979) sobre la modernización sedentaria de los Cuna sugería algo bastante similar. Varios años después se hicieron dos intentos de generalizar en la misma dirección. En uno de ellos, sobre la subsistencia, Woodburn (1982) examinó tres sociedades africanas de cazadores–recolectores y sugirió que sus estilos políticos igualitarios eran atribuibles a las intenciones de la gente (ver también Ingold 1987:222–42; Woodburn 1988). En el otro, en un contexto evolutivo, también enfatiqué el papel causal de las intenciones (ver Boehm 1982b), sugiriendo que los estilos políticos igualitarios se

desarrollaron solo después del surgimiento de la capacidad humana para la sanción moral y con un propósito (ver también Boehm 1984, 1986a, 1991). Mi interpretación evolutiva general se basó en las sociedades igualitarias existentes y no se limitaba a los recolectores, y en cierto sentido reinterpreto la "sociedad igualitaria". En resumen, sugerí que una aparente ausencia de jerarquía era el resultado de que los seguidores controlaran a sus líderes y no al revés. Aquí se persigue una línea de argumentación similar, con nueva evidencia de una encuesta mundial informal pero bastante extensa de sociedades que exhiben los efectos de la "jerarquía de dominación inversa".

La encuesta

La encuesta pone a prueba la hipótesis de que la causa principal y más inmediata del comportamiento igualitario es una determinación moral por parte de los principales actores políticos de un grupo local de que ninguno de sus miembros debe dominar a los demás. En lugar de simplemente usar un modelo de decisión individual como un dispositivo para explicar los comportamientos que se supone que son intencionales, limité la evaluación de datos

a las decisiones grupales reales con sus razones y sus consecuencias. La hipótesis en sí era potencialmente algo controvertida, ya que se centraba en *el comportamiento intencionado* como motor principal en la configuración de la vida social y política. En lugar de restringir la encuesta a bandas y tribus "acéfalas", me interesé en todas las comunidades de pequeña escala localmente autónomas que parecían tener un bajo nivel de clasificación o estratificación por clase y una ausencia de liderazgo autoritario. Estos fueron los criterios que guiaron la encuesta, ya sea que las sociedades en cuestión se clasificaran como bandas, tribus o cacicatos. El objetivo era ver si el comportamiento intencional (en particular, la sanción social) que tenía un efecto de nivelación estaba muy extendido en tales sociedades y, más específicamente, si tenía algún efecto significativo en la supresión del crecimiento del liderazgo autoritario.

Por lo tanto, dejé de lado las primeras definiciones de "sociedad igualitaria" sesgadas en la dirección de pequeños grupos de forrajeo y me concentré en cambio en todas las sociedades iletradas débilmente estratificadas, buscando detectar la presencia o ausencia de "comportamiento igualitario", es decir, cualquier comportamiento intencional que suprimiese decisivamente las relaciones jerárquicas entre los adultos como actores políticos. Un criterio básico era que las sociedades fueran políticamente autónomas, ya que los campesinos y los pueblos sometidos no son

realmente libres para definir su propia vida política. Al realizar la encuesta, también me interesó ver si podría haber sociedades de pequeña escala y débilmente estratificadas que, sin embargo, exhibieran un liderazgo muy fuerte y, de ser así, si un ethos igualitario o intentos de sanción igualitaria coexistían con tales fenómenos.

Se hizo hincapié en el "comportamiento igualitario" porque parece arbitrario contrastar sociedades "acéfalas" (incluidas aquellas a las que Knauff [1991] se refiere como "simples recolectores") con sociedades moderadamente jerárquicas que exhiben un papel más importante para los líderes que, sin embargo, muestran actitudes y comportamientos firmemente igualitarios, como los complejos cazadores-recolectores (Knauff 1991), sociedades de "big man" (gran hombre, Sahlins 1962) y sus variantes de "great man" (hombre excelente, Godelier 1982), e incluso cacicazgos en los que el liderazgo es relativamente débil (ver Service 1971; 1975: 304, Flanagan 1989). No se excluyó de la encuesta ningún tipo de sociedad que reportara mostrar un ethos igualitario en un entorno políticamente autónomo, pero tanto los cacicatos con una autoridad fuerte como los reinos fueron excluidos regularmente porque tales sociedades tienen una estratificación significativa y un liderazgo dominante y no se reporta que exhiban tal ethos.

Necesariamente, la metodología esencialmente cualitativa que utilicé fue "casual" en comparación con la investigación

transcultural orientada cuantitativamente para la cual las fuentes son adecuadas¹. Debido a la escasez de informes detallados sobre las interacciones entre líderes y seguidores, decidí renunciar al muestreo estadístico y buscar cualquier prueba o pista sustancial que pudiera ayudar a respaldar o falsear mi hipótesis. Empecé con la colección de la Biblioteca Tozzer, pero eventualmente busqué en las colecciones etnográficas de varias otras bibliotecas importantes. De aproximadamente 200 sociedades políticamente autónomas que fueron encuestadas, alrededor de la mitad simplemente no proporcionó detalles sobre las interacciones de dominación específicas de líderes y

1 La búsqueda incluyó bibliografías en trabajos publicados sobre antropología política, especialmente Service (1975), y una encuesta de la muestra de Archivos del Área de Relaciones Humanas de la Biblioteca Tozzer a partir de 1981–82. Esto ascendió a 316 sociedades, pero muchas carecían de autonomía local y, junto con una serie de jefaturas autorizadas y algunos reinos, tuvieron que ser apartadas. También se dejó de lado, esta vez porque faltaban datos inequívocos sobre el comportamiento igualitario intencional, la gran mayoría de las bandas y tribus. Para ampliar el corpus de descripciones adecuadas, examiné la serie de la Oficina de Etnología Estadounidense y tomé claves del *Manual de los indios sudamericanos*, que originalmente sesgó el muestreo mundial hacia América del Norte y del Sur. También hice un uso extensivo del catálogo de temas de la Biblioteca Tozzer y me esforcé especialmente en cubrir Australia, donde la vida tribal aborigen con respecto al liderazgo es discreta, y Asia, donde hay pocas bandas localmente autónomas. Además, utilicé otras colecciones para ampliar el corpus, a veces investigando fuentes históricas y etnográficas que eran de calidad marginal. Por esta razón, es difícil especificar exactamente el tamaño del corpus. Debido a las limitaciones de tiempo y la grave escasez de descripciones etnográficas adecuadas, la encuesta se centró muy directamente en el comportamiento político intencional y, en este sentido, debe verse como un estudio transcultural preliminar.

seguidores o sobre el tenor del comportamiento de dominación dentro del grupo, mientras que quizás la mitad de ese número proporcionó meras pistas (p. ej., "los líderes siempre fueron modestos" o "los líderes parecen evitar dar órdenes"). Por lo tanto, se eliminaron más de 100 informes porque los datos no eran lo suficientemente específicos. Sin embargo, cuatro docenas contenían pruebas sólidas y confiables con respecto a los comportamientos intencionales y políticamente perspicaces específicos que dieron forma a los roles sociales y políticos de los adultos líderes en sus comunidades locales. Por lo tanto, aproximadamente una etnografía de cada cuatro era totalmente elegible.

La "lectura" de las intenciones indígenas es una de las tareas más difíciles de la etnología (Ortiz 1967, ver también Boehm 1978, Gladwin y Murtaugh 1980). Evitar esta tarea permite ordenar los datos en términos de modelos o enfoques antropológicos estructurales/funcionales o culturales utilizados para estudiar el comportamiento animal, pero esto tiene dos desventajas potenciales. Una es que cuando el comportamiento intencional es sofisticado y está adaptado al "mundo real", la explicación de sus efectos puede ser esencial para una explicación causal adecuada; sin embargo, a menudo explicamos las soluciones de problemas a las que llegan las personas iletradas en términos de otras agencias que son irreflexivas. La otra es que al dejar de lado las intenciones corremos el riesgo de no hacer justicia a la

perspicacia nativa en la resolución de problemas sociales, políticos o ecológicos.

Una suposición importante de la investigación fue que comprender el comportamiento igualitario era lo suficientemente importante como para justificar trabajar con información parcial o incluso fragmentaria, siempre que las fuentes mismas parecieran fiables. Una suposición relacionada fue que, en muchas situaciones de liderazgo rutinarias, la operación de las intenciones como freno al desarrollo de la autoridad puede ser tan oscura como para eludir al etnógrafo. Por lo tanto, dado que sentí que la pregunta de investigación era importante, tomé en cuenta cualquier descripción confiable y relevante en la que la autonomía local estuviera básicamente intacta y en la que los efectos del contacto sobre el comportamiento político fueran limitados y pudieran explicarse razonablemente bien.

Destaco aquí que, aunque se examinó una parte sustancial de las sociedades del mundo descritas etnográficamente, en cierto sentido la investigación es preliminar porque se centró de manera bastante limitada en datos que revelaron sin ambigüedades las intenciones políticas de los actores indígenas. Si bien muchos de los datos se refieren a líderes, son de igual interés otros con una fuerza física o sobrenatural excepcional, habilidades especiales para obtener subsistencia o una propensión inusual a competir con firmeza o quitar la vida a otras personas. Este es un estudio de los comportamientos que controlan a cualquier

actor político principal cuya asertividad resultaría de otro modo en un grado inusual de control sobre los demás.

Estos principales actores políticos pueden definirse como personas que son miembros de pleno derecho del proceso político cuando se toman importantes decisiones grupales consensuadas, incluidas decisiones sobre la ubicación del grupo, aspectos cooperativos de subsistencia, sanción social de individuos desviados y defensa o agresión externa.

Esto nunca incluye a los niños, y aunque las mujeres deben ser incluidas siempre que participen plenamente en los procesos de decisión del grupo, esto seguramente no se ha informado, particularmente en las etnografías más antiguas².

Citando solo las fuentes que proporcionaron evidencia inequívoca de sanción intencional, resumiré los resultados de la encuesta.

² Si los hombres y las mujeres en las sociedades a nivel de banda son a menudo "iguales" como actores *políticos* es una pregunta cargada y que fácilmente se confunde por las diferencias en las presuposiciones (ver discusión después de Leacock 1978; ver también Begler 1978, Strathern 1987, Lepowsky 1990).

Opinión pública

La opinión pública puede actuar como control del liderazgo, como en Tikopia (Firth 1949), y en algún momento siempre limita el comportamiento autocrático en cualquier sociedad (Lowie 1940:284). Puede operar de manera informal o cuando la gente se reúne para debatir sus problemas. Para las personas que viven en comunidades morales de pequeña escala, la opinión negativa puede ser psicológicamente perturbadora incluso cuando no va acompañada de otras sanciones simplemente porque la socialización los hace muy sensibles a la desaprobación del grupo. También puede ser predictivo de sanciones mucho más contundentes por venir.

Generalizando, Clastres (1977:28) argumenta que en las tribus sudamericanas los jefes están controlados por la opinión pública. Según Lowie (1949:342), entre los Cayapo y Canela "un jefe común... aparece en la asamblea de hombres adultos". Landtman (1938: 319) enfatiza que los consejos Ashanti controlan jefes ostensiblemente fuertes entre bastidores. Asimismo, los jefes navajos reunidos en consejo deben estar en sintonía con la gente (Shepardson 1967: 152); lo mismo es cierto para los hotentotes (Schapera 1967: 195). En algunos casos, son los ancianos como

representantes de la opinión pública más que la asamblea en pleno los que actúan como un freno a la conducta de los jefes, por ejemplo, entre los Tupinamba (Metraux 1948: 114), Cuna (Howe 1979: 541) Navajo (Shepardson 1967: 145–46), Fox (Joffe 1940: 271), Yokuts (Gayton 1930: 382, 414–15) y Mandari (Buxton 1958: 81).

Críticas y burlas

Cuando los seguidores dirigen críticas a uno de sus líderes, obviamente se pretende nivelar. Por ejemplo, cuando un jefe Iban se pasa de la raya, se le puede acusar de parcialidad, y si es lo suficientemente imprudente como para dar una "orden" a alguien, se le rechaza con dureza (Freeman 1970: 111, 113). Según Shepardson (1967: 152), entre los navajos, los "inferiores críticos" controlan a su líder. Los Cuna reprenden a su jefe por querer todo el poder para sí mismo (Howe 1979:540), mientras que los hombres se animan unos a otros a criticar a los líderes. Los Kalahari San matan a los fanfarrones (Cashdan 1980: 116), y los pigmeos Mbuti reprochan a un cazador líder que se vuelva demasiado asertivo (Turnbull 1965 b: 180), al igual que los Shavante (Maybury–Lewis 1967: 200).

El ridículo, una forma especial de crítica, está calculado para ejercer una fuerte presión sobre el destinatario; amenaza el estatus de un cabecilla porque no puede liderar sin respeto. Entre los hadza, cuando un aspirante a "jefe" trató de persuadir a otros hadza para que trabajaran para él, la gente dejó en claro abiertamente que sus esfuerzos los divertían (Woodburn 1979: 271). Cualquier San que intente ascender personalmente es ridiculizado rápidamente (Cashdan 1980: 116). Entre los Pigmeos mbuti, los mejores cazadores que asumen funciones de liderazgo mantienen un perfil bajo en las reuniones del grupo o son ridiculizados (Turnbull 1965 b: 180, 183). Entre los Enga, un hombre que trata de afirmar su autoridad en una reunión del clan está sujeto al ridículo (Sackschewsky, Gruenhagen e Ingebritson 1970: 77); lo mismo ocurre con la aculturación de los aborígenes Ngukurr (Bern 1987:218).

Desobediencia

Otra forma de enseñarle a un hombre prominente una lección sobre los límites del liderazgo y la autoridad es simplemente desobedecerlo si trata de mandar. Clastres (1977: 5) informa que la noción de obediencia (masculina) a

otro adulto es generalmente ajena a los indios sudamericanos. Entre los Iban, si un jefe trata de mandar, nadie le escucha (Freeman 1970:113). Los Nuer desobedecen órdenes directas o las obedecen insultantemente (Evans-Pritchard 1940:182). Un líder Inuit en aculturación observado por Briggs (1970: 56) eventualmente cedió ante la desobediencia del grupo. Los Arapaho, habiendo perdido el respeto por un jefe, lo dejaron seguir siendo "jefe" pero lo ignoraron como líder (Hilger 1952: 189). Entre los Beduinos, un aspirante a "rey", que intentaba impresionar a los europeos, fue ignorado públicamente (Dickson 1949: 117). Los miembros de las tribus montenegrinas, que cooperaron brevemente con la marina rusa para derrotar a la Expedición Iliria de Napoleón, tuvieron grandes dificultades para comprender que los marineros rusos tenían que obedecer a sus oficiales fuera del combate (Krasinski 1853:18). Entre los chaqueños, la gente "le dio la espalda" a un jefe que trató de anular sus deseos (Clastres 1977: 176).

Sanciones extremas

La última reprimenda política igualitaria es poner fin al papel de liderazgo de una persona. La solución final es el asesinato por la nación; en bandas o tribus que no pelean,

una comunidad puede hacerlo fácilmente en ausencia de "guardaespaldas" o una "fuerza policial" leal. Woodburn (1982: 436) señala la represalia letal individual como un poderoso mecanismo de nivelación entre los Hadza y que conlleva poco riesgo ya que puede lograrse sigilosamente. En ciertas partes de Arnhem Land, los aborígenes australianos tradicionalmente eliminaban a los hombres agresivos que intentaban dominarlos (Berndt y Berndt 1964: 289), y Spencer y Gillen (1976: 263) cuentan que los Iliaura se deshicieron de un hombre que era "muy pendenciero y fuerte en la magia" entregándolo a un grupo de venganza de Arunta. En América del Sur, después del contacto, un "jefe" Yaruro fue asesinado por hacer sus propios tratos con los extraños (Leeds 1962: 599). Una comunidad !kung puede ejecutar a "hombres extremadamente agresivos" (Lee 1982:47). Los !kung también ejecutan a los delincuentes incorregibles (Draper 1978: 40), al igual que los esquimales matan colectivamente a los asesinos reincidentes y otros (ver Hoebel 1964: 88-92). En Nueva Guinea, según Knauff (1987: 475-76), el asesinato de los "hechiceros" (personas vistas como inusualmente agresivas) por parte de los Gebusi es paralelo a este comportamiento "!Kung", sin embargo, Knauff cree que los Gebusi no están señalando personas inusualmente agresivas sobre una base consciente, sus ejecuciones tendrían que contarse como "brujería". Por esta razón, el caso Gebusi y otros similares han sido dejados de lado.

Por supuesto, en las sociedades enemistadas clásicas, matar a una persona extremadamente agresiva se vuelve problemático con las represalias del clan, pero el propio clan de un hombre puede matarlo sin más consecuencias (Moore 1972). En Montenegro, la ejecución por parte de miembros del clan era la máxima forma de ostracismo para los hombres demasiado asertivos (Boehm 1986b). En Nueva Guinea, la ejecución de un individuo destacado que se ha excedido en sus prerrogativas es organizada en secreto por los otros miembros de la comunidad multiclan, quienes persuaden a los propios parientes del objetivo para que lleven a cabo la tarea (p. ej., Kapauku [Pospisil 1963: 49] y Busama [Hogbin 1951: 145]). De la misma manera, cuando un hombre Baruya recibe un alto estatus y comienza a apropiarse del ganado de los vecinos y a obligar a sus esposas a tener relaciones sexuales, lo matan (Godelier 1986: 109–10).

Otra medida extrema es deponer al líder y nombrar a otro en su lugar. Esto fue hecho por el Coeur d'Alene (Teit 1930: 153), mientras que entre los Assiniboin "una notable mezquindad, avaricia o incesto" podría resultar en el derrocamiento (Denig 1930: 449) y entre los Yokuts un jefe hereditario que tomó decisiones injustas o se sospechó que se engrandecía demasiado no fue depuesto formalmente sino ignorado a favor de otro jefe (Gayton 1930: 410–11). Para los Yap, Lingenfelter (1977:240) menciona la deposición de jefes que no agradan a sus electores. El código

legal oral de los Iban exigía la destitución de un jefe que mostrara parcialidad (Freeman 1970: 114). Los Sachems eran desechables en la confederación iroquesa más centralizada (Morgan 1901: 85). En Nyakyusa en las aldeas de edad, un jefe podía ser depuesto si intentaba mandar a sus jefes (Gulliver 1958: 7–8), mientras que los "sultanes" somalíes pastoralistas eran depuestos por ser malos o indecisos o mostrar parcialidad (Lewis 1961: 207). El ostracismo se reporta solo para los Mbuti (Turnbull 19650:228), aunque a veces probablemente acompañaba la deposición, como sucedió con el exilio en el caso de un codicioso sacerdote Nuer (Evans–Pritchard 19400:186).

Una técnica menos directa es la deserción. Estrictamente hablando, la deserción no siempre implica el alejamiento de todo un grupo y la elección de otro líder, por lo que a veces podría clasificarse mejor como fisión que como la acción de un mecanismo unificado que intenta resolver un problema político. Sin embargo, he incluido la deserción porque a menudo es todo el grupo el que se va. Los Caraja abandonarían a un jefe malo (Lowie 1949:341) y los Chaco a un jefe tacaño o que no pudo proteger a la banda del desastre (Metraux 1946:303). Entre los Nambicuara, si un jefe no podía mantener el suministro de alimentos o era demasiado exigente o monopolizaba a las hembras, las familias bajo él pasaban a otra banda (Levi–Strauss 1967: 53). Los Patagónicos abandonaron a un jefe culpable de mala conducta (Cooper 1946: 151). La tribu Mizo de Assam,

que habitaba en aldeas, emigraba a otros lugares si un jefe era "excesivamente duro" (Bandyopadhyay 1985:51), y lo mismo harían los nómadas Herero (Vivelo 1977:134). Los Yanomamo abandonaron a un jefe que estaba demasiado ansioso por la guerra; Biocca (1970: 196–99) proporciona el relato personal detallado de Helen Valera sobre tal negociación. Asimismo, los apaches desertaron de Jerónimo (Clastres 1977:178). El Mescalero se uniría a otras bandas si su jefe fuera deshonesto, poco confiable o mentiroso (Basehart 1970: 101). Entre los Iban, si un mal jefe no era depuesto, podría ser abandonado gradualmente (Freeman 1970: 114), y con los Mandari, todo un linaje insatisfecho podría simplemente desaparecer (Buxton 1958: 80). Entre los Ute del sur, las familias insatisfechas harían lo mismo (Opler 1940: 169), y también lo harían ciertos isleños de Andaman si la mayoría eligiera un líder inaceptable (Man 1882: 109; véase también Radcliffe–Brown 1922: 46). Los Hotentotes también se mudaron como familias o clanes (Schapera 1967: 196). De acuerdo con Lepowsky (1990: 39), los isleños de Vanatinai, que valoran mucho la autonomía personal, frecuentemente cambian de líder ("hombres grandes" o "mujeres grandes"), al igual que los Kutchin subárticos (Slobodin 1969: 83, 90)³. En Malasia, los Batek se alejan de los hombres beligerantes, mientras que los Mendrig abandonan a los jefes injustos (Endicott 1988:122).

³ Brown (1990: 102) menciona varios otros ejemplos de "mujeres grandes", algunas en escenarios coloniales, y señala que rara vez se describe su papel.

Resumen

De las 48 sociedades que informaron comportamiento intencional a controlar las tendencias evaluadas negativamente de los líderes (tabla I), 12 provienen de América del Norte, 11 de Centro y Sudamérica, 9 de África, 2 del Mediterráneo/Medio Oriente, 5 de Asia, 2 de Oceanía, 4 de Nueva Guinea y 3 de Australia. Los principales tipos de subsistencia representados son nómadas que principalmente recolectan, principal o exclusivamente cazan, o principalmente pastorean ganado y miembros de tribus sedentarias que cultivan o crían ganado. Si bien al menos la mitad de estas sociedades pueden clasificarse aproximadamente como "bandas" o "tribus" que tienen un liderazgo discreto, un buen número son sociedades claramente definidas como de "grandes hombres" o podrían clasificarse como "jefaturas".

Una característica llamativa de estos informes es que el asesinato se informa en 11 sociedades de las 48. La "pena capital" (ver Otterbein 1986, 1987) parece estar fuertemente asociada no solo con un subtipo de "simple recolector" a nivel de banda. (Knauff 1987, 1991; véase también Woodburn 1979; Spencer y Gillen 1976; Berndt y Berndt 1964; Draper 1978; Hoebel 1969) sino también con

horticultores sedentarios de Nueva Guinea que pelean y otros miembros de tribus guerreras (véase Moore 1972). En total, los comportamientos que terminaron las relaciones con un individuo excesivamente servil o lo apartaron de un rol de liderazgo involucraron a 38 de las 48 sociedades, mientras que en 28 casos adicionales la persona fue manipulada por la presión social. (En muchos casos, una sola sociedad exhibió ambos tipos de comportamiento).

De unos 47 comportamientos mencionados como motivadores de sanciones negativas, predominaron ser demasiado agresivo (13) y dominar a los demás como líder (14), junto con la ineficacia, la parcialidad o la falta de respuesta en un rol de liderazgo (10). La falta de generosidad o el acaparamiento de recursos (5); las transgresiones morales (3) y la mezquindad (2) completan la lista. La gran mayoría de estos malos comportamientos involucran dominio o autoafirmación. Estos casos de sanción reflejan los valores por los cuales las personas igualitarias operan políticamente.

Las acusaciones de brujería se clasificaron como mecanismos automáticos de nivelación, pero se podría argumentar que algunas veces la nivelación lograda por tales acusaciones es intencional, debido a que tales acusaciones tienden a expresarse en términos sobrenaturales, no pude resolver esto y dejar esta pregunta a un lado para futuras investigaciones.

Otro mecanismo que bien puede ser intencional en su origen y, posiblemente, en su mantenimiento es el liderazgo múltiple. Muchos grupos tienen jefes tanto de guerra como de paz. Se espera que los jefes de guerra manden, y tendría sentido, en grupos que guardan celosamente sus tradiciones políticas igualitarias, quitarles sus roles de liderazgo cuando regresan del campo de batalla. Una vez más, no pude encontrar indicios muy definidos de intencionalidad, por lo que también dejé de lado este tema.

III. AMBIVALENCIA HACIA LOS LÍDERES

Los estudios de "sociedad igualitaria" frecuentemente identifican una ética igualitaria, tratándola esencialmente como un reflejo de este arreglo político particular (por ejemplo, Fried 1967). Un ethos, tal como lo define Kroeber (1948: 292–95), se refleja directamente en declaraciones idealizadas sobre cómo las personas deberían o no comportarse o ser. Entre las sociedades encuestadas, se describieron ideales de liderazgo para unas dos docenas, la gran mayoría proporcionó impresiones etnográficas fragmentarias en lugar de listas indígenas completas. En general, un buen líder parece ser generoso, valiente en el combate, sabio en la toma de decisiones militares o de subsistencia, apto para resolver conflictos intragrupal, buen orador, justo, imparcial, discreto, confiable y moralmente recto. Aquí no hay contradicciones.

Un buen líder también puede ser inusualmente fuerte, asertivo y prestigioso. Sin embargo, otros ideales favorecen la falta de agresividad y la ausencia de irascibilidad, la ausencia de autoengrandecimiento y la evitación de la prominencia. Debido a que estos patrones contradictorios provienen de tantas culturas, uno solo puede sugerir que alguna ambivalencia local hacia los líderes podría estar indicada si las descripciones idealizadas fueran más completas. Pero las actitudes no idealizadas hacia los líderes surgieron en otros lugares y se tradujeron en un patrón sólido de ambivalencia dentro de las culturas individuales. Ya he citado algunos ejemplos arriba (Shavante, Navajo, Iban, Pygmies, San), pero hay otros. Los Arapaho esperaban que sus jefes fueran fuertes con los blancos pero humildes en casa, mientras que los jefes odiaban su propio papel sin pretensiones (Elkin 1940: 251). Los Cuna valoraban el cargo pero criticaban regularmente a la persona que lo ocupaba (Howe 1979:540). Entre los Tiv, "no importa qué beneficio de prestigio o asistencia material un hombre de prominencia dé a su linaje, sus otros miembros le temen y tratan de reducirlo a su nivel" (L. Bohannan 1958: 55). Se informa un comportamiento similar para el sistema tribal montenegrino anterior a 1850 (Boehm 1983: 122-24), mientras que entre los Tairora del norte de Nueva Guinea, un "hombre fuerte" en realidad toma el antagonismo y la ambivalencia popular como prueba de su potencia política (Watson 1983:235).

El mismo tipo de ambivalencia se refleja fuertemente en

declaraciones indígenas o informes de etnógrafos de que un líder es simplemente *primus inter pares*. Según Pospisil (1963:47), esta fraseología en sí misma apunta a una fuente de contradicción. Se dan caracterizaciones de "primero entre iguales" para varios grupos esquimales (Weyer 1967: 11), Atapascanos del norte (MacNeish 1956: 151), Mistassini y Montagnais–naskapi (Rogers 1969: 34), Apaches (Basehart 1970: 104), Cuna (Howe 1979:543), Somalíes (Lewis 1961:205), de Nueva Guinea (Watson 1983:233; Reay 1967:198), Pospisil 1963:47; Read 1959:433b y Chenchus (von Furer–Haimendorf 1943:119) Los Iban *adat* sostienen que todos los hombres son iguales (Freeman 1970: 129)⁶, y el código oral es explícito en que los jefes no pueden mandar a otros (p. 113); los esquimales comparten esta perspectiva (Weyer 1967: 11). Esta actitud se reporta en sociedades más estratificadas, donde puede existir una considerable autoridad de jefe pero faltan fuertes poderes coercitivos, por ejemplo, los montenegrinos del área de refugio (Boehm 1983: 100), los Tikopia (Firth 1949: 170) y los Anuak (Evans–Pritchard 1940/7:53), cuyo "rey" era visto como un "igual". Sólo 8 de los 48 relatos adecuados de comportamiento igualitario iban acompañados de una descripción utilizable del ethos político, e invariablemente este era de la variedad de "primero entre iguales". (El resto de las sociedades encuestadas, en las que las descripciones del

⁶ Rousseau (1980: 53) cree que Freeman ha exagerado el caso de la igualdad entre los Iban.

comportamiento político eran en general mucho menos adecuadas, proporcionaron solo 8 descripciones utilizables del ethos igualitario local).

La noción indígena de paridad fundamental de los principales actores políticos, a pesar de que no encuentra muy a menudo su camino en los informes etnográficos en la forma altamente específica de un ethos de *primus inter pares* informado de manera confiable, parecería ser intrínseco al comportamiento igualitario. Una idea que es a la vez manipuladora y normativa, se implementa mediante sanción social que implica desaprobación moral. Como cuestión de práctica, el grupo ambivalente de pares tolera ciertos tipos de diferencias incluso mientras elimina cuidadosamente a otros que amenazan a sus miembros con una sensación de desigualdad o dominación inapropiada.

IV. ANTICIPACIÓN DE LA DOMINACIÓN

Los hallazgos de esta encuesta respaldan la hipótesis de que una relación igualitaria entre los seguidores y su líder está deliberadamente hecha para que suceda colectivamente en vez de proporcionar seguidores serviles. Uno podría preguntarse, por lo tanto, por qué el conflicto entre seguidores y líderes no se informa en todas partes. En primer lugar, las personas inusualmente asertivas a veces parecen estar excluidas del liderazgo en primer lugar, y algunos líderes simplemente pueden no tener ningún deseo de engrandecimiento personal o pueden anticipar las reacciones de sus electores y rutinariamente "mantenerse en línea". Con otros, el juego puede ser empujar un poco sus prerrogativas pero retroceder justo antes de que levanten de punta los pelos de los seguidores. Tal conflicto de bajo perfil puede ser demasiado sutil u ocasional para ser registrado por un etnógrafo visitante. En algunas

sociedades, por el contrario, puede ser rutinario que los líderes impulsen sus prerrogativas hasta cierto punto y que los seguidores retrocedan; esto hace que la tensión sea más obvia. (Seguramente tales sociedades [ejemplos extremos son los Cuna, San, Tairora del Norte] están sobrerrepresentados entre las 48 sociedades en las que se identificó un comportamiento igualitario debido a un sesgo de información favorable). Otra variable importante son las diferentes posiciones socioestructurales y las predilecciones políticas de líderes particulares. Algunos pueden estar en una mejor posición política para el engrandecimiento personal que otros o tener una propensión mucho mayor a ello. Pocos etnógrafos han descrito completamente las personalidades particulares y las posiciones de poder de los líderes como lo ha hecho Lee (1982: 47–50), además de describir el estilo tradicional de los San para frenar el abuso de poder (Lee 1979, ver también Lee 1988).

Dondequiera que los líderes parezcan haberse comportado básicamente como ellos mismos, uno podría preguntarse por qué los seguidores parecen tan a menudo tan enérgicos para frenar cualquier indicio de dominación. La respuesta obvia es que las transgresiones pasadas se recuerdan bien, pero otra es que la sociedad igualitaria no está exenta de otros ejemplos de dominación y control. Los niños son manipulados y no pocas veces disciplinados físicamente; los hombres y las mujeres más jóvenes suelen ser tratados como bienes muebles en los arreglos

matrimoniales. Las mujeres casadas pueden ser controladas decisivamente por los hombres, mientras que en muchas sociedades matrilineales–matrilocales los hombres casados se encuentran con un control económico femenino muy decisivo. De manera más general, los hijos adultos pueden operar en unidades domésticas que confieren una autoridad sustancial a los padres.

Los datos no son lo suficientemente detallados como para permitir un análisis sistemático de estas importantes variables, pero no creo que la ausencia de conflicto informado entre seguidores y líderes necesariamente argumente en contra de la existencia de una nivelación perspicaz e intencional; de hecho, en otros contextos, la manipulación deliberada de los patrones culturales puede operar de manera muy dramática o de manera muy rutinaria y discreta (ver Boehm 1978). Mientras los seguidores se mantengan alertamente igualitarios porque entienden la naturaleza de la dominación y los líderes sean conscientes de esta vigilancia, el control deliberado de los líderes puede permanecer en su mayor parte altamente rutinario y ser etnográficamente poco obvio.

V. ¿ES UNIVERSAL LA NIVELACIÓN INTENCIONAL?

Además de las 48 sociedades de pequeña escala que exhibieron un control igualitario obvio y deliberado sobre los líderes, hay docenas de otras en las que al menos se informa que el liderazgo es *primus inter pares* o débil (a veces "inexistente") o en las que asignaciones como "liderazgo sin pretensiones" parece coherente con el mantenimiento deliberado de la paridad política. Pero, ¿qué tan probable es que en estos otros casos los mecanismos primarios de nivelación sean de hecho intencionales?

Dejando de lado por un momento la cuestión de si ocurre en un contexto "igualitario", la represión intencional del abuso de poder puede ser en sí misma universal. Definitivamente tiene lugar en sociedades desprovistas de ideología igualitaria, en estados modernos despóticos, en forma de revolución (Lopreato y Green 1990), y en reinos

altamente centralizados o cacicazgos autoritarios (ver Gluckman 1965). Beattie (1967: 364–65), disipando el mito de que los reyes o jefes africanos poseían un "poder absoluto", ha esbozado una serie de comportamientos mediante los cuales varios grupos bien estratificados controlaban la autoridad de sus propios gobernantes legítimamente fuertes. Los seguidores podían restringir el derecho del líder a imponer una sentencia de muerte o prohibir la tenencia de propiedad personal, formaban consejos que podían reprender, boicotear o deponer a un líder, también retenían contribuciones económicas, se mudaban, se rebelaban o recurrían a hechicerías o incluso asesinato. A partir de su perspicaz encuesta, queda claro que los africanos que vivían en entidades políticas centralizadas y no igualitarias estaban poniendo límites deliberada y efectivamente a la dominación (abusiva) que estaban dispuestos a tolerar.

Si uno examina simplemente los "cacicazgos", como los describe Service (1975), parece haber algo así como un continuo entre los fuertes y autoritarios con aceptación de la autoridad de los líderes y de la estratificación social y lo que podría llamarse "cacicazgos incipientes" que pueden clasificarse como igualitarios a pesar del liderazgo hereditario y tal vez de alguna clasificación o estratificación permanente notable entre los principales actores políticos (p. ej., Lutkehaus 1990)⁷. Si se supone que ambos tipos de

⁷ En contraste con lo que Gluckman (1965: 153–62) llama un "jefe

jefaturas y todas las bandas y sociedades tribales designadas como "acefálicas" o "igualitarias" son capaces de frenar el abuso de poder y que en cada sociedad al menos ciertos individuos intentarían a veces usar el poder de manera abusiva, entonces se puede argumentar que en toda sociedad humana tiene lugar algún grado de control intencional del poder por parte de coaliciones de subordinados, al menos ocasionalmente. Que muchas de las sociedades de pequeña escala de subjefaturas encuestadas no muestran fuertes indicios de nivelación intencional, puede deberse a la efectividad del control social de grupos pequeños relativamente sutil y rutinario, al hecho de que un líder poco ambicioso estaba en el lugar durante la visita del etnógrafo, o al fracaso del etnógrafo en aprovechar los recuerdos de episodios de nivelación intencional. Sin embargo, en teoría, si algún mecanismo de nivelación automático actuara con tanta fuerza en un grupo que ningún adulto intentara subyugarlo fuera del contexto familiar o doméstico, es posible que nunca surja una nivelación intencional. Si esto es probable, es importante para la interpretación de nuestro pasado humano.

Probablemente el mejor caso de prueba para la hipótesis de que el comportamiento igualitario una vez moldeó

autoritario", un cacicazgo incipiente aquí es uno con un rango social hereditario significativo, al menos con respecto al liderazgo del grupo, pero una definición igualitaria de las relaciones políticas que limita la autoridad de los líderes.

definitivamente todas las sociedades humanas sería el continente australiano, en la medida en que ciertos etnógrafos han sugerido que los miembros de las tribus aborígenes definitivamente carecen de centralización política y los mecanismos de nivelación automáticos son muy evidentes. Las caracterizaciones de la vida política incluyen no sólo la "gerontocracia" (p. ej., Meyers 1980:208–9; ver también Bern 1979) sino también la "ausencia de liderazgo" (Sharp 1958:5). Por el contrario, Berndt y Berndt (1964: 303) adoptan la posición de que sí existía un bajo nivel de "gobierno" (ver también Pilling 1968). Además del comportamiento de autoayuda de represalia basado en el parentesco, los aborígenes también ejecutaron a individuos de la comunidad por transgredir las normas: los jefes coordinaban el castigo letal de los delincuentes morales en consulta con los ancianos (Berndt y Berndt 1964: 292) y mediaron peleas, pero, ¿trataron alguna vez de dominar a sus semejantes esos hombres destacados, u otros que eran inusualmente asertivos?

Aparentemente, en contra de mi hipótesis general de que el dominio individual es deliberadamente evitado o sancionado negativamente en las sociedades de pequeña escala menos estratificadas, está el informe de que en el centro–norte y el noreste de Arnhem Land, un hombre muy agresivo puede llegar a ser temido y admirado, eventualmente llegar a una posición de dominio. Y "mientras observe las reglas del parentesco y tenga cuidado

de cumplir con las leyes sagradas y las obligaciones rituales, rara vez es castigado" (Berndt y Berndt 1964: 289). Sin embargo, los autores creen que esta reticencia de los demás a frenarlo a través de los medios letales habituales es en parte el resultado del contacto y el miedo a la intervención externa (Gillen 1976:262-64). Así, los temas de contacto y de plena y completa autonomía política local pueden ser críticos en la evaluación de informes etnográficos sobre el comportamiento igualitario. En el caso australiano, el contacto probablemente inhibió la sanción (ver también Bern 1987); pero, como se vio anteriormente, en otros lugares también puede estimular el surgimiento de nuevos tipos de "jefes", aspirantes a "sultanes", etc., y por lo tanto puede aumentar la tensión preexistente entre líderes y seguidores y sacar a la luz sanciones igualitarias. Y en varios casos, los hombres locales que intentaron emular el fuerte liderazgo de las sociedades externas fueron puestos sumariamente en su lugar sin preocuparse por la intervención externa.

¿Cómo se interpretan estos datos australianos? El comportamiento sancionador fue ampliamente informado en una variedad de contextos, incluidos los intentos personales de dominación, y Tonkinson (1978: 120) dice que el Mardudjara ideal "en el comportamiento es modesto y no agresivo, egoísta o jactancioso en exceso". Pero en ninguna parte la encuesta de prácticas de control social de Berndts menciona a un hombre específicamente designado como

líder de grupo que se extralimite en sus prerrogativas en un contexto que podría llamarse "tradicional". El hecho de que también se informe de un ethos igualitario para el desierto occidental de Mardudjara (Tonkinson 1988: 151, 158, 163) y que en otros lugares, otros tipos de hombres dominantes ocasionalmente fueran ejecutados, sugiere que los líderes de grupo políticamente demasiado asertivos bien podrían haber tenido cuidado por miedo a la ejecución. Por lo tanto, para Australia se puede argumentar que hay informes de un ethos igualitario, que existían otras características de comportamiento igualitario, que además de los líderes, los individuos demasiado asertivos fueron sancionados agresivamente, y que antes del contacto esto probablemente se aplicaba a los líderes de grupo si se volvían demasiado agresivos y asertivos. Sobre esta base, parecería que la jerarquía de dominio inverso operaba en Australia.

Otra forma de explorar la hipótesis de que la sanción igualitaria intencional alguna vez fue universal es determinar si algún mecanismo de nivelación automática ocurre en ausencia de nivelación intencional y, por lo tanto, a veces podría estar haciendo el trabajo por sí solo. Con una dudosa excepción, la nivelación intencional ocurre simultáneamente con cada tipo de mecanismo de nivelación automática enumerado. Sharp (1958: 5–6) y Tonkinson (1988: 151) informan, para Yir Yoront y Mardudjara, de complejas redes de dominación–sumisión basadas en el ego

en las que cada hombre adulto está subordinado a ciertos otros hombres mientras domina su propia red de subordinados. Sharp cree que este arreglo transversal en particular excluye cualquier jerarquía de grupo, y no hay ninguna mención de sanción intencional en su informe. Sin embargo, aunque Tonkinson (1988: 151, 155, 158) también considera que estas redes inhiben una dominación más amplia, así como la interdependencia generalizada entre los mardudjara, hemos visto que tienen un espíritu igualitario y reaccionan negativamente a "cualquier indicio" de egoísmo". Estas asignaciones bastante definitivas dejan abierta la pregunta de si la presión igualitaria deliberada sobre los líderes políticos fue simplemente particularmente sutil o bien rutinaria en Australia (en comparación con África) y, por lo tanto, no se informó en su mayoría o a veces estuvo ausente, pero estoy a favor de la primera hipótesis.

Uno debe preguntarse también si hay algún registro de una sociedad de pequeña escala básicamente no estratificada en la que un individuo altamente asertivo domina al grupo permanentemente, ya sea porque el grupo simplemente no tiene defensa contra tal dominación o porque el comportamiento igualitario está presente pero sale perdiendo. En unos pocos informes, una jerarquía de dominación ortodoxa se afirma en tales sociedades. Están los casos antes mencionados de hombres dominantes que prevalecen en Arnhem Land y un caso bastante detallado con el esquimal de Groenlandia, traducido por Mirsky

(1937), en el que un hombre que era fuertemente angakok (es decir, tenía fuertes conexiones con lo sobrenatural) fue capaz de asesinar a varias personas en serie sin ser sancionado por su grupo y en cambio, fue tratado con gran respeto. Este fracaso de la base para movilizarse podría haber sido el resultado del contacto con la sociedad dominante del etnógrafo, pero también es posible que las conexiones sobrenaturales u otras formas de carisma puedan permitir que individuos inusualmente amenazantes logren una dominación a largo plazo incluso en sociedades de pequeña escala que mantienen una ética igualitaria (ver también Gayton 1930 para un ejemplo de Yokuts).

Vale la pena mencionar algunos otros ejemplos de "despotismo" en la sociedad igualitaria. Hay un informe difícil de interpretar para los esquimales en el área del Estrecho de Bering de jefes con habilidades inusuales que "gobiernan" a sus compañeros en parte inspirando miedo de ser asesinados y en parte dándoles comida y regalos (Nelson 1899: 304). Brown (1990: 99) señala al "déspota" ocasional de Nueva Guinea. Tales instancias requieren más investigación para determinar si tal dominación se desarrolla porque las actitudes o comportamientos igualitarios son débiles o incluso están ausentes o si la combinación correcta de factores de personalidad y conexiones sobrenaturales (o conexiones con el mundo moderno) puede permitir que ciertos individuos dominen temporalmente (o incluso permanentemente) a sus

semejantes y quizás incluso transferir tal dominación a un sucesor. Obviamente, esto podría representar un mecanismo que ayude a mover una jerarquía de dominancia inversa hacia una ortodoxa.

Los datos sí nos dejan con algunas ambigüedades, pero creo que a partir de hace 40.000 años, con la llegada de los humanos anatómicamente modernos que seguían viviendo en pequeños grupos y aún no habían domesticado plantas y animales, es muy probable que todas las sociedades humanas practicaban un comportamiento igualitario y que la mayor parte del tiempo lo hacían con mucho éxito.

VI. ESCALA SOCIAL

Una conclusión importante, entonces, es que la nivelación intencional vinculada a un ethos igualitario es una causa inmediata y probablemente extremadamente extendida de que las sociedades humanas no desarrollen un liderazgo autoritario o coercitivo. Esta es una interpretación psicológica. Un factor "material" que parece correlacionarse universalmente con la ausencia de tal liderazgo es la pequeñez de la escala social. Sin embargo, en lugar de que la escala sea el mecanismo de nivelación más fundamental, parecería que, en ausencia de otras restricciones como las ambientales, es la nivelación intencional la que limita la escala. Los grupos localmente autónomos en los que se suprime el liderazgo autoritario son bien conocidos por subdividirse en un cierto tamaño básico, a menudo de unos pocos cientos de personas. Esto ocurre no sólo donde los recursos son escasos, sino incluso donde son relativamente

abundantes y donde la vida sedentaria brinda a todos una inversión de subsistencia local (p. ej., Chagnon 1991). Ofrezco esto como una hipótesis digna de ser probada.

Desafortunadamente, la escala de las comunidades iletradas es difícil de estudiar. Un pueblo nómada puede tener una organización social fluida, y el tamaño de la "banda" está determinado por las posibilidades de subsistencia que varían ampliamente durante un ciclo anual o de un año a otro. Una sociedad "tribal", si es del tipo segmentario (p. ej., Evans-Pritchard 1940, Bohannan 1954), puede tener unidades políticas que son isomorfas con pequeñas unidades de subsistencia un año y muchas veces más grandes otro año, dependiendo del estado de la competencia política. En el caso de las bandas, las aglomeraciones totales de personas nunca son muy grandes, pero con miembros de tribus segmentadas, en tiempos de tensión política o conflicto, miles de personas pueden vivir bajo un liderazgo unificado. Para complicar las cosas, donde se han desarrollado confederaciones militares a largo plazo pero continúa el comportamiento igualitario, las presiones políticas externas pueden actuar como un contrapeso contra la fisión, y grandes poblaciones pueden permanecer políticamente unidas durante períodos prolongados. Ante estas dificultades, no intenté determinar el "tamaño del grupo". Sin embargo, creo que es seguro decir que, en bandas, tribus y jefaturas incipientes, las unidades más pequeñas que ejercen una autonomía local total suelen ser

mucho más pequeñas que en las jefaturas, reinos y estados primitivos con autoridad.

Dada la admisión convencional en antropología política de que los grupos se subdividen más fácilmente en ausencia de un liderazgo fuerte, parece haber una interacción funcional interesante entre el comportamiento igualitario y el tamaño pequeño de la comunidad. El comportamiento igualitario asegura que el liderazgo será débil y, como efecto secundario, que la división se producirá rápidamente y las comunidades seguirán siendo pequeñas. A su vez, estas comunidades locales pueden seguir siendo demasiado pequeñas para desarrollar facciones importantes. Por lo tanto, la gente común, que está acostumbrada a la toma de decisiones por consenso, permanece en una buena posición para formar una gran coalición y así controlar a sus líderes y otros dominadores potenciales. La principal fuerza causal en esta interacción es el comportamiento nivelador intencional; el efecto secundario es una sociedad lo suficientemente pequeña como para sustentar tal tradición política. Hago hincapié en que esta hipótesis necesita más trabajo, pero podría ayudar a explicar por qué la escala social se mantuvo pequeña durante tanto tiempo en la prehistoria, incluso en condiciones materiales que podrían haber soportado aglomeraciones mucho más grandes.

VII. JERARQUÍA DE DOMINANCIA INVERSA Y FORMACIÓN ESTATAL

He argumentado que el comportamiento igualitario surge de la aversión a ser dominado. A nivel individual, esto podría llamarse "amor a la autonomía", pero he optado por abordarlo en términos de valores grupales (o ethos) y formación de coaliciones políticas. El disgusto individual por ser dominado, reflejado en el ethos y reforzado por él, es transformado por pequeñas comunidades en lo que equivale a una política social. Creo que es correcto llamar al resultado una "jerarquía de dominio inverso" (Boehm 1984, 1991) porque, en lugar de ser dominada, la base misma logra dominar. Las llamadas sociedades acéfalas e incluso los cacicazgos incipientes tienen jerarquías de dominio inverso. Por el contrario, los cacicazgos, reinos y estados primitivos autoritarios no están comprometidos con tales ideales igualitarios (a pesar de que reconocen y tratan el abuso de

poder), y por lo tanto tienen jerarquías de dominación "ortodoxas" en el sentido de que siguen un patrón compartido con nuestro "primos" filogenéticos más cercanos, los grandes simios africanos. En comparación con los grandes simios africanos y otros humanos en el nivel de jefatura fuerte o superior, los grupos humanos comprometidos con el comportamiento igualitario han ido en la dirección opuesta. Lo han hecho porque sus seguidores descubrieron que formando una sola coalición política podían controlar decisivamente las inclinaciones de dominación de individuos muy asertivos, incluso de sus líderes elegidos. Esta dirección política se invirtió de alguna manera después de la invención de la agricultura, y reapareció una versión "ortodoxa" de la jerarquía de dominio social. Este argumento es muy relevante para las teorías de la formación del Estado.

Para comprender las primeras fases de la centralización política, creo que será necesario examinar lo que sucede con los simples recolectores (Knauft 1991), los cazadores-recolectores complejos (p. ej., Price y Brown 1985; véase también Paynter 1989), varios tipos de "miembros de tribus" (Sahlins 1968), y "jefaturas" tanto incipientes como autoritarias como una etapa distintiva más allá de la "sociedad igualitaria" (Service 1975), teniendo en cuenta la tensión política potencialmente explosiva que parecería ser inherente a cualquier jerarquía de dominación inversa. Hemos visto que en sociedades con grandes

hombres (e incluso en algunas con jefes hereditarios y cierta estratificación) los principales actores políticos continúan definiéndose como fundamentalmente entre iguales y mantienen a raya a sus líderes influyentes utilizando los métodos igualitarios habituales. Esto nos obliga a pensar en el tránsito de una jerarquía de dominación social inversa a una ortodoxa, en la que desaparece la política de paridad fundamental. Cabe preguntarse si es probable que esta transición sea conflictiva, abrupta y violenta o gradual consensuada, tal vez incluso desapercibida por los actores indígenas.

Si eventualmente surgen fuertes tendencias hacia la autoafirmación en ciertas personas a través de diferencias individuales de socialización y desarrollo de la personalidad y si siempre está presente una fuerte preferencia por la paridad entre los principales actores políticos en respuesta a tales tendencias mientras la escala social permanezca pequeña, entonces con el transcurso del tiempo, debe haber un conflicto ocasional por el abuso de poder según se define localmente. Pero, ¿es este siempre el caso? Beattie (1967: 356) excluye explícitamente a las sociedades "acéfalas" porque "los controles sobre el abuso de poder por parte de las autoridades políticas indígenas sólo pueden estudiarse donde tales autoridades existen". Fried (1967: 79) parece adoptar una posición similar cuando dice que "los hombres en estas sociedades no parecen mostrar ningún impulso por el dominio universal dentro de sus grupos". Por el contrario,

mi estudio transcultural demuestra que a veces las cosas pueden ser de otro modo, y otros autores (p. ej., Mitchell 1988: 638; Cohen 1985: 100; Dumont 1970; Sahlins 1959) dan a entender o afirman abiertamente que las disposiciones humanas que fomentan la formación de jerarquías puede ser innatas. Suposiciones similares a las de Beattie y Fried bien pueden haber evitado que muchos antropólogos hicieran la conexión necesaria entre las tensiones políticas igualitarias y las transiciones evolutivas que intentan explicar. Por supuesto, las centralizaciones políticas podrían haber sido logradas mediante una transformación lenta y casi imperceptible, tal vez con seguidores identificándose cada vez más con líderes (p. ej., LeVine 1967; Langlas y Wiener 1988: 74) que gradualmente llegaron a poseer un poder coercitivo legitimado. Se modifica el ethos igualitario, pero también pueden haber implicado algún tipo de conflicto decisivo (Cohen 1985:100; Paynter 1989; véase también Haas 1981).

Cohen (1978) rechaza los enfoques de conflicto de clases de Childe (1936) y Fried (1967) y califica de confusos los enfoques de conflicto de grupo. Citando a Service (1975), argumenta que "la política se centraliza en respuesta a una mayor carga de trabajo administrativo por parte del liderazgo. No hay conflicto de clases involucrado; no hay explotación de los gobernados por los gobernantes" (1978: 57, énfasis eliminado). Sin embargo, creo que se requiere una evaluación más precisa del "conflicto" y la

"explotación": la marxista y otras versiones familiares de la teoría del conflicto de grupo no son muy consistentes con el conflicto inherente a la jerarquía de dominación inversa porque, esencialmente, el conflicto igualitario se da entre un individuo excepcionalmente asertivo y el resto de una pequeña comunidad local más que entre "clases sociales" o incluso entre grandes facciones políticas. Es muy instructivo que, si el resto del grupo quiere que se ejecute a un individuo abusivo, los miembros de su propio clan pueden hacer el trabajo. Creo que puede ser relevante preguntar, por lo tanto, si era necesario que la jerarquía de dominación inversa fuera anulada desde el centro político. Los estudios actuales que se centran en las tensiones políticas entre los "principios" igualitarios y jerárquicos (p. ej., Flanagan 1989; véase también Leach 1954, Crocker 1969, Rousseau 1980, Myers 1980, Bloch 1981, Rigby 1988, Lutkehaus 1990) pueden ofrecer pistas importantes, como estudios centrados en el parentesco (p. ej., Allen 1984, Lutkehaus 1985) o la aculturación política (p. ej., Moore 1984, Brown 1987, Kent 1989).

También se debe considerar el liderazgo carismático, como una forma de dominación psicológica que puede ser tanto atractiva como amenazante. Vale la pena enfatizar que las personas que exhiben un comportamiento igualitario no se oponen al liderazgo per se; de hecho, lo valoran siempre que los beneficios superen las sanciones. Al discutir la ejecución por los Baruya de un hombre cuyo alto estatus se le subió a

la cabeza, Godelier (1986: 109–10) dice que "las diferencias entre individuos solo están permitidas... en la medida en que trabajen para el bien común". Esta declaración bien puede proporcionar la clave de cómo el comportamiento político igualitario puede coexistir con un tipo de sociedad de "gran hombre", ya que con respecto a la rivalidad entre grupos, el prestigio de un gran hombre se contagia a aquellos asociados con él. Tal coexistencia, también identificable en cacicazgos incipientes, proporciona una base probable para el conflicto, pero también contiene las semillas de un arreglo político no igualitario, uno en el que los beneficios de una mayor dominación pueden parecer valiosos para los principales actores políticos.

Al examinar las causas de la transición a la centralización política, se debe tener en cuenta que "las dimensiones centrales de las 'sociedades simples' son de naturaleza sociopolítica y no completamente reducibles a factores de subsistencia o densidad de población" y que el desarrollo de una organización política no igualitaria "no es una función determinada de las variables ecodemográficas" (Knauft 1991:3; véase también Netting 1990). Con la formación de un Estado prístino, a pesar de esto, es tentador apoyarse mucho en la evidencia "dura" que la arqueología y la etnografía pueden proporcionar en lugar de preocuparse por la "psicología" y las posibles intenciones conflictivas de los actores políticos. Tales análisis, sin embargo, dependen inevitablemente de las percepciones generales sobre el

proceso político obtenidas de las sociedades existentes. Por lo tanto, si bien una amplia variedad de factores seguramente han sido muy importantes en la creación de condiciones que hicieron posible que los líderes aumentaran su autoridad, los efectos amortiguadores del comportamiento igualitario también deben incluirse en el análisis (ver también Paynter [1989: 386] sobre la obstinación política).

Instancias etnográficamente bien documentadas de formación de un Estado secundario como Cherokee (Gearing 1962) o Montenegro (Djilas 1966) también brindan información útil, al igual que sistemas inestables como el de las tierras altas (precoloniales) de Birmania (Leach 1954: 197–212) y casos en los que un ethos igualitario se enfrenta a fuerzas económicas jerarquizadoras (p. ej., Black 1972). Estos casos y los de recolectores complejos y cacicazgos incipientes demuestran que una jerarquía de dominio inverso tenaz y decidida puede prevalecer esencialmente frente a una presión considerable hacia la centralización. Pero mientras que en las tierras altas de Birmania hay rebeliones igualadoras y en la centralización política de Montenegro de 1796 a 1850 hubo un conflicto prolongado hasta que un líder secular de la confederación aplicó la fuerza bruta y el sistema tribal finalmente colapsó. En los cacicazgos incipientes tal tensión generalmente pasa desapercibida, al menos durante los últimos años por periodos muy cortos muestreados en la descripción

etnográfica normal. Sospecho que un análisis más intensivo de los procesos micropolíticos en los cacicazgos incipientes (p. ej., Lutkehaus 1990) podría arrojar ideas generales útiles para explicar la centralización política.

Evidentemente, hay que tener en cuenta otros factores. Uno puede pasar de este tipo de evidencia a una variedad de hipótesis de centralización política, incluyendo el uso de fuerza letal convencional, intimidación sobrenatural o "hipnotización" por parte de líderes carismáticos, identificación positiva con el poder de un líder militar o conexión sobrenatural de un sacerdote, economía centralizada, redistribución bajo control sacerdotal o de otro tipo, desarrollo de burocracias, necesidad de una resolución de conflictos más efectiva o centralización interna frente a amenazas militares externas, así como sedentarización, aumento de la densidad de población, domesticación o especialización económica⁸. Todos proporcionan enfoques lógicos para socavar la jerarquía de dominio inverso y el desarrollo de una autoridad centralizada con poder coercitivo y la eventual pérdida del ethos igualitario.

⁸ Obviamente, otras variables importantes son los entornos naturales, políticos y sociales y sus efectos en la restricción o el estímulo de las tendencias humanas hacia la formación de jerarquías. Estos no se evaluaron en detalle durante la encuesta, e introducirlos en el análisis lo haría difícil de manejar. Tendrán que ser cubiertos si las hipótesis desarrolladas van a ser probadas más a fondo.

VIII. CONSIDERACIONES FILOGENÉTICAS

Triangulando entre humanos y simios africanos, Wrangham (1987) ha caracterizado a nuestro ancestro común africano como viviendo en redes sociales cerradas con algunos machos solitarios y sin alianzas femeninas y hostilidad entre grupos, con machos acechando y atacando a extraños conespecíficos. Su posición es que solo los comportamientos presentes en los tres grandes simios africanos y los humanos pueden postularse de manera confiable como presentes en el ancestro común. No se enfoca muy directamente ni en la jerarquía de dominación social ni en el liderazgo grupal, presumiblemente porque se ha considerado ampliamente que las sociedades igualitarias de humanos carecen de ellos. Si mi interpretación de la sociedad igualitaria es correcta, entonces la jerarquía de dominio social está presente en todos los humanos, así como en los simios africanos, pero con componentes

igualitarios que dominan a sus líderes elegidos de una manera que a menudo permanece discreta. Esto significa que tanto algún tipo de jerarquía de dominación social como algún grado de liderazgo grupal, presente en todos los humanos y en los tres grandes simios africanos, puede hipotetizar plausiblemente que existió también en el ancestro común africano.

El argumento anterior se ha hecho a nivel del comportamiento, pero está implícita la noción de que el antepasado común africano y sus cuatro especies descendientes están genéticamente dispuestas a desarrollar un comportamiento de dominación y liderazgo de grupo. He citado a varios teóricos que sugieren que las tendencias de dominación pueden ser innatas y estoy de acuerdo con ellos. Sin embargo, al considerar las disposiciones genéticas al comportamiento jerárquico, es importante ser lo más preciso posible sobre los tipos de comportamiento que se aprenden fácilmente: tanto el dominio competitivo como la sumisión son útiles para los individuos organizados por jerarquías de dominio, ya sean ortodoxas o inversas.

Cuando un comportamiento es universal o incluso muy generalizado, surge la pregunta de si no forma parte de la "naturaleza humana". Al comenzar a pensar en términos más específicos acerca de la naturaleza humana como una influencia potencial en el comportamiento cultural, puede ser mejor que pensemos en las predisposiciones genéticas coevolucionadas que van en direcciones contradictorias o,

más específicamente, en las *ambivalencias universales o generalizadas empíricamente identificables* que es probable que generen estereotipos monolíticos como "bélico" versus "pacífico" (ver Boehm 1989). Dado que tantas sociedades de pequeña escala autónomas localmente exhiben un comportamiento igualitario, podría ser útil probar un "enfoque de ambivalencia" aquí también.

Para la base, una situación específica que de manera predecible evoca sentimientos encontrados (es decir, el dilema entre dominar y someterse) es un intento por parte de un individuo asertivo de iniciar o aumentar la dominación de otro adulto. En sociedades de pequeña escala que exhiben una jerarquía muy limitada, las víctimas potenciales lidian con su ambivalencia dejando de lado sus tendencias individuales a someterse y formando una coalición para controlar a sus pares más asertivos. Como resultado, los líderes prudentes (y a veces igualmente ambivalentes) dejan de lado sus propias tendencias de dominar y someterse a sus grupos incluso mientras los dirigen. He dicho que el resultado social de esta interacción es una comunidad orientada al consenso, un grupo que coopera bien y que sigue siendo pequeño porque, en ausencia de un liderazgo fuerte, se subdivide fácilmente. Su pequeño tamaño, a su vez, tiende a evitar que se formen y estabilicen facciones importantes. La unidad de propósito resultante hace posible que todos o la mayoría de los miembros de las comunidades locales se unan contra los líderes y, mediante la amenaza de

desaprobación o sanción activa, circunscriban su papel. Estas parecen ser las dinámicas personales y sociales que mantienen en su lugar a una típica sociedad igualitaria. Un aspecto de esta dinámica es un ethos igualitario, tanto una causa como un efecto de las ambivalencias que acabamos de discutir.

En jefaturas o reinos más fuertes puede existir una ambivalencia subyacente no muy diferente, pero va acompañada de un ethos muy diferente que legitima las distinciones de rango o clase entre los principales actores políticos, el ejercicio sustancial de la autoridad legítima por parte de los líderes y, a veces, incluso la coerción física. Estos cambios van acompañados de un patrón de comportamiento decididamente sumiso para la base, que ya no se define asertivamente como "igual", y el surgimiento de líderes fuertes que miran adecuadamente a sus propios intereses especiales, así como a los intereses del grupo. Ellos (y, a menudo, sus compañeros de clan) pueden dominar a sus antiguos compañeros en muchas áreas, pero todavía hay un punto crítico en el que surge una ambivalencia realmente seria en los subordinados. Es en este punto cuando entran en juego los controles de John Beattie sobre el abuso de poder. Lo que distingue a los humanos igualitarios es que la base logra mantener la ventaja. El enfoque general para resolver problemas comunes en estos grupos es consensuado (ver Service 1975), y este enfoque se aplica de manera muy efectiva a la esfera política interna mediante el

uso de sanciones basadas en la moralidad. Quizás una característica clave para explicar el comportamiento igualitario es que el intento de una persona por dominar a otra se percibe como un problema común.

Una cuestión que me gustaría plantear, en términos de dinámica política, es si, a medida que una sociedad se estratifica cada vez más y el liderazgo se torna cada vez más autoritario, puede haber algún "punto de ruptura" sistémico en el que la jerarquía de dominio inverso tiende con bastante facilidad a convertirse en su contraria, por así decirlo, y asumir una forma ortodoxa. Un examen cuidadoso de los cacicazgos incipientes y los cacicazgos autoritarios podría ser revelador a este respecto, y cualesquiera que sean los hallazgos, serían muy relevantes para explicar las etapas anteriores de centralización política que precedieron a la formación del Estado.

IX. VARIABLES PSICOLÓGICAS

Los enfoques socioecológicos han contribuido poderosamente a la comprensión de la vida humana. Steward (1955) proporcionó a los antropólogos una útil jerarquía de causalidades dentro de la cual las variables ambientales y los patrones de subsistencia dieron forma a las posibilidades sociales, mientras que la "ideología", como una especie de agente libre, tendía a reflejar o simplemente reforzar el resultado sociopolítico. Las explicaciones totalmente "materialistas" de la sociedad igualitaria siguen siendo plausibles si se examinan las sociedades (o incluso los tipos socioecológicos) una por una y se considera que el ethos igualitario siempre presente es una mera variable dependiente o una agencia de refuerzo. Sin embargo, los comportamientos de sanción más severos identificados en la encuesta indican que, a largo plazo, se necesita mucho más que mecanismos automáticos de nivelación para evitar

que ciertos individuos líderes dominen a sus pares. De hecho, es entre los simples recolectores, que tienen tantos mecanismos automáticos diferentes trabajando para ellos, que la ejecución grupal de personas demasiado asertivas parece ser bastante frecuente. Lo que he sugerido es que el poder causal de la ideología como motivación para el comportamiento político ha sido seriamente pasado por alto.

Por lo tanto, sostengo que no solo un enfoque psicológico, sino uno que observe el comportamiento intencional, es fundamental para dar sentido a la sociedad igualitaria. Los enfoques que miran a las intenciones humanas realmente no deberían ser controvertidos en la antropología cultural, pero varios paradigmas materialistas han sido muy favorecidos durante las últimas décadas, y uno de ellos ha implicado la derogación total de los enfoques "mentalistas" (ver Boehm 1988). Por el contrario, Service (1975: 17) dice que "los actos con propósito son el motor mismo de la sociedad". Pero no hemos avanzado mucho en desarmar ese motor en particular.

A pesar de sus dificultades metodológicas, creo que el enfoque empleado aquí podría tener una aplicabilidad más amplia al tratar de diferenciar la "cultura" como un proceso de resolución de problemas guiado por un pensamiento realista y eficaz. Esto dependerá mucho del tipo de problema y la calidad del informe etnográfico y posiblemente de si se trata de sanción, ya que los actos de

sanción hacen que las intenciones sean bastante obvias. En términos más generales, las evaluaciones cognitivas, los valores, las intenciones, las metas específicas y los dilemas y decisiones reales de las personas iletradas, según lo evaluado, por ejemplo, por Meggitt (1977), Turton (1977), Abernethy (1979), Boehm (1983), y Vayda (1989), requieren mucha más atención en el estudio de la evolución cultural. Bajo esta luz, las diversas sanciones aplicadas por las bases políticas para controlar a sus líderes pueden verse como mecanismos de retención potentes y estables del proceso de selección cultural (ver Campbell [1965, 1972, 1975] para una descripción general de este proceso), a pesar de que no operan automáticamente sino deliberadamente. Estos comportamientos intencionales han mantenido durante mucho tiempo una paridad política fundamental para los principales actores políticos y, como efecto secundario no deseado, han ayudado a mantener pequeños los grupos. Estos patrones que se refuerzan mutuamente, uno deliberado y el otro automático, produjeron la comunidad igualitaria que constituye una base importante para la evolución política humana.

CONCLUSIONES

Me he tomado una licencia metodológica aquí para desarrollar varias hipótesis sobre el funcionamiento de las intenciones políticas humanas a través de la investigación transcultural cualitativamente orientada. Creo que esta variable "intencional" se ha descuidado, tanto por algunas serias dificultades con el informe etnográfico como porque las interpretaciones social-ecológicas de la "sociedad igualitaria", aunque en última instancia no generalizables, se han ajustado muy bien a los hechos. He sugerido que la "sociedad igualitaria" necesita ser reconceptualizada en términos de algún factor causal universal y he propuesto una explicación conductual específica en términos de jerarquías de dominancia inversa: los principales actores políticos se definen a sí mismos de manera idealista como pares, y sobre una base práctica hacen seguros de que su paridad básica no se ve seriamente dañada por la dominación individual. Este

punto de vista considera que la intención humana es una poderosa variable independiente, que interactúa, obviamente, con importantes restricciones de escala social, organización social y ecología natural y política.

Concediendo las serias limitaciones de los datos confiables, los recolectores simples, los cazadores–recolectores complejos, las personas que viven en sistemas tribales segmentados y las personas que viven en lo que he llamado jefaturas incipientes parecerían exhibir un fuerte conjunto de valores igualitarios que expresan un disgusto activo por demasiada jerarquía y toman activamente medidas para evitar ser dominado seriamente. En cierto sentido, estas sociedades pueden considerarse comunidades intencionales, grupos de personas que deciden sobre la cantidad de jerarquía con la que desean vivir y luego se aseguran de que se siga el programa. Mientras todos los principales actores políticos continúen definiéndose a sí mismos como pares y puedan hacer que esta definición se mantenga, se mantendrá una jerarquía de dominio inverso aunque puedan estar presentes ciertas características de la jerarquía ortodoxa. Cuando la autoridad se vuelve fuerte y se transmite intergeneracionalmente y cuando la clasificación de las personas en categorías jerárquicas adquiere un significado serio para sus vidas, la transición de la jerarquía de dominación inversa a la jerarquía de dominación ortodoxa se completa, aunque los límites a la dominación todavía se reconozcan y se apliquen.

La jerarquización social y la centralización política parecen estar presentes en forma germinal en sociedades más simples en forma de tendencias innatas de los individuos a tener poder sobre sus pares. Una cuestión general para la investigación futura es si la transición de las jerarquías de dominación inversas a las ortodoxas es generalmente repentina y conflictiva o gradual y tal vez incluso sin tensión. Pueden surgir ideas importantes del estudio de las tensiones políticas en las sociedades de “grandes hombres”, los cacicazgos incipientes, las confederaciones tribales de larga duración y los casos de formación de estados secundarios, en los que los conflictos y acercamientos entre los líderes más fuertes y sus "pares" igualitarios se puede colocar bajo un microscopio etnográfico.

La característica principal de la organización social que parece correlacionarse con la jerarquía de dominación inversa es una comunidad relativamente pequeña, localmente autónoma. Es cierto que las restricciones materiales, como los recursos dispersos, a veces imponen límites absolutos a la escala, pero tales condiciones están presentes solo en una minoría de casos que no son típicos de nuestra historia natural desde el Cromañón en adelante. Por el contrario, he sugerido que la pequeñez de la escala puede ser un efecto secundario predecible del comportamiento igualitario porque tal comportamiento mantiene a los grupos subdivididos, mientras que los grupos pequeños e intensamente cooperativos siguen siendo

capaces de unirse de manera efectiva y controlar a sus líderes. En resumen, aquí podría haber una simbiosis funcional importante que podría ser útil para ayudar a explicar por qué los grupos humanos parecen haber permanecido minúsculos durante tantos milenios. Se necesita más investigación para resolver esta pregunta y muchas de las otras que he planteado. Idealmente, los datos y conceptos presentados aquí ayudarán a clarificar los arreglos políticos de las sociedades más pequeñas de nuestro planeta y tal vez estimulen alguna investigación adicional sobre importantes microprocesos políticos como los que he estudiado antes de que sea demasiado tarde.

COMENTARIOS

Harold B. Barclay

11381 University Ave., Edmonton, Alberta, Canadá

T6G 1Z4. 17 XII 92

Debe prestarse una atención más seria en los círculos antropológicos a la ideología como fuerza causal. Aunque simpatizo con el argumento de Boehm, no lo encuentro tan convincente. Que la dominación y el ejercicio del poder generen resentimiento parecería un lugar común, pero los materialistas argumentarán que la represión de la dominación por parte del grupo es un epifenómeno de las circunstancias materiales. Boehm ha señalado la relación del ethos igualitario con el tamaño del grupo, pero bastante razonablemente sugiere que la escala social puede, de hecho, ser causada por un "comportamiento de nivelación

intencional". Además de la escala social, necesitamos saber cuál es la relación entre otros factores materiales y el ideológico. ¿Por qué la aversión a la dominación es intensa en algunas sociedades y no en otras? Me parece que, como ocurre con otros fenómenos sociales, el igualitarismo tiene una multiplicidad de causas, una de las cuales es ideológica.

Boehm no menciona varios dispositivos de nivelación de cierta importancia. Dole (1966) ha argumentado que muchas tribus sudamericanas probablemente alguna vez tuvieron jefes más fuertes. Los recientes disturbios demográficos y sociales han obligado a muchos grupos remanentes a consolidarse, y esto altera el patrón normal de los cargos hereditarios a través de la línea masculina. La fuerza del liderazgo está ligada a la patrilinealidad, y donde ésta desaparece se socava la autoridad del jefe. Clastres (1977), por el contrario, vincula la importancia del cacique en América del Sur al hecho de que el cacique no observa las reglas normales de reciprocidad debido a su adquisición de una multiplicidad de esposas y por lo tanto permanece en deuda perpetua con su pueblo y debe convertirse en su sirviente. La imagen de Foster (1965) del bien limitado puede tener un valor limitado, pero sugiere otro mecanismo nivelador.

Estoy bastante sorprendido de que Boehm no haya podido reunir una muestra más grande. Puedo pensar en numerosos pueblos adicionales que se ajustan a sus criterios. Elizabeth Colson deja claro, por ejemplo, que en la

sociedad de Tonga la concentración de poder se mantiene al mínimo.

Boehm no parece haber seguido su propio criterio al seleccionar los cultivos de muestra. Así, parecería que los montenegrinos y, posiblemente, los asante tienen un gran componente campesino. Además, tanto los montenegrinos como los bedawin pueden ser predominantemente analfabetos, pero no lo son. La cultura bedawin no es una entidad autónoma; como señaló Kroeber, es una cultura parcial, indisolublemente unida a los segmentos urbano y rural-campesino de la sociedad árabe. Los bereberes parecerían ser tan apropiados como los montenegrinos. Las descripciones de las cabilas bereberes y los diversos estudios sobre una variedad de grupos bereberes marroquíes apuntan claramente a una sociedad acéfala orientada al consenso en la que el liderazgo está rígidamente controlado. Después de todo, se llaman a sí mismos Imazighen, "los hombres libres". Aunque las sociedades campesinas no son, como observa Boehm, sociedades ordinariamente autónomas sino dependencias de estados autocráticos, algunas poblaciones campesinas, como los bereberes, han resistido tradicionalmente a la autoridad estatal central, mientras que en otras la comunidad aldeana se ha caracterizado por ser igualitaria. En muchas situaciones campesinas, se ha dejado a la aldea con un alto grado de independencia siempre que haya proporcionado el tributo y el corvée apropiados y en esta independencia se desarrolló

un igualitarismo considerable. He argumentado que la aldea egipcia tiene muchos atributos igualitarios y que opera una especie de dialéctica entre las ideas de igualdad y desigualdad (Barclay 1970).

No sé si "igualitario" es un término apropiado para los sistemas a los que se refiere Boehm. Como él mismo señala, las sociedades igualitarias no son igualitarias cuando se trata de mujeres y niños, y algunas sociedades igualitarias practican la esclavitud. Para otros, como los australianos, la igualdad es la feliz circunstancia de los varones mayores únicamente. El término de Boehm "jerarquías de dominancia inversa" es bastante incómodo. Yo llamaría a estas sociedades "anárquicas", que tienen liderazgo pero no tienen gobierno ni sanciones legales verdaderas (Barclay 1990).

Sobre el tema de la formación del Estado, agregaría a la crítica de Boehm al marxismo que la mayoría de los marxistas tienen dificultades para tratar la formación del Estado porque ven el poder como un producto de las fuerzas económicas cuando el mundo moderno proporciona abundante evidencia de la derivación del poder de las posiciones burocráticas y militares y el dominio del conocimiento. Mikhail Bakunin, quien predijo exactamente en qué se convertirían los estados marxistas, y Max Weber fueron mejores críticos de la dirección de los sistemas sociales centralizadores que Karl Marx.

Robert Knox Dentan

Departamento de Antropología, Universidad Estatal de Nueva York en Buffalo, Buffalo, NY 14261, EE. UU. 22 XII 92

El relato de Boehm sobre las sociedades igualitarias es un postre navideño de ideas y análisis intelectualmente provocativos. El énfasis en la intencionalidad humana es oportuno (cf. Robarchek 1989). Su principal debilidad radica en reclamar demasiado por su concepto central, "dominancia inversa". La realidad de este fenómeno no está en duda; en mi experiencia, los comportamientos de nivelación ciertamente ocurren de manera rutinaria entre los chinos de las aldeas y los horticultores semai y temiar de Malasia (p. ej., Benjamin 1968). Lo que es discutible es si el "dominio inverso" es (1) una causa necesaria y (2) suficiente del igualitarismo, como parece afirmar Boehm.

Parte de la dificultad proviene de expresar el concepto en términos primatológicos cuando su ascendencia ideológica parece estar en la noción de la ciencia política de "poderes contrapuestos" de los años cincuenta y la "teoría del conflicto" de los años sesenta y setenta. Expresar la resistencia de la gente a la dominación como "dominación" en sí misma requiere un trabajo intelectual; ¿En qué sentido,

por ejemplo, es opresivo huir de una situación opresiva? Sin embargo, este tipo de fuga subyace al patrón demográfico de "fisión-fusión" característico de muchas sociedades igualitarias (Fix y Lie-Injo 1975). De hecho, las palabras en inglés para dominación tienden a implicar incapacidad para huir: "oprimir" (apretar) o "confinar". ¿Por qué equiparar depredador y presa? En lugar de buscar un origen biológico dentro de los Anthrozoidea, podría ser útil referirse al llamado Principio de Premack (llamado así por un psicólogo libertario que trabajó con chimpancés), una observación de laboratorio de que los organismos que tienen la opción siempre preferirán recompensarse a sí mismos a ser recompensados por "organismos cuidadores". Esta preferencia tiene un valor de supervivencia evidente en la mayoría de los casos. En términos políticos antropomórficos, la mayoría de los organismos conscientes buscan la libertad en lugar del dominio.

En cualquier formulación, usar un fenómeno supuestamente universal como la dominancia inversa para explicar fenómenos particulares como la sociedad igualitaria puede parecer circular. Tanto China como Estados Unidos tienen ideologías fuertemente igualitarias, taoísta-maoísta e ilustrada respectivamente (cf. Hofstadter 1962); los gobernados en ambas sociedades usan muchas de las tácticas que describe Boehm para limitar los poderes de sus gobernantes. Boehm sugiere que la escala de la sociedad puede ser un factor que limita el dominio, pero no explica

cómo la escala da lugar a un comportamiento social que abruma una tendencia humana biogénica universal. La simple coerción puede instituir un gobierno, pero no mantenerlo a largo plazo. En última instancia, los gobiernos requieren el consentimiento de los gobernados de alguna forma, como sugiere Boehm. Los politólogos llaman a ese consentimiento "legitimidad". ¿Cómo lo consiguen los gobernantes? Aquí es necesario considerar conceptos como "hegemonía ideológica", que en el campo de las ideas equivale al dominio en el campo de la política, o lo que Bruno Bettelheim llama "identificación con el agresor", del cual el "síndrome de Estocolmo" es un instancia limitada.

Para que el igualitarismo soporte otros factores distintos a los que Boehm considera que deben entrar en juego, por ejemplo, la autonomía individual y el autocontrol son vitales (Gardner 1991, Dentan 1992). "La sociedad no puede existir a menos que se coloque en alguna parte un poder controlador sobre la voluntad y el apetito, y cuanto menos hay dentro, más debe haber fuera... los hombres de mente intemperante no pueden ser libres. Sus pasiones forjan sus grilletes". (Burke 1982 [1791] 148). Uno podría discutir con Burke sobre qué tipo de control viene primero, pero no que el control sea necesario. El argumento de Boehm sugiere, de manera convincente para mí, que el igualitarismo es cronológicamente anterior a la estratificación (y cf. Knauff 1991). Pero, dado que ese argumento no aborda directamente la cuestión del autocontrol, deja la impresión

de que el igualitarismo implica una "guerra de todos contra todos" casi hobbesiana que es fundamentalmente inverosímil. Mi propia sospecha es que, en muchas sociedades igualitarias, la gente comparte una actitud para la que no existe un equivalente en inglés, pero que los taoístas llaman *wu wei* (más o menos, "sin esforzarse"), Amish y Hutterites *Gelassenheit*, y miembros de la Nación del Arco Iris "seguir la corriente". El núcleo parece ser un desapego emocional de las consecuencias de las propias acciones, lo que da como resultado una sensación de serenidad que hace que las cuestiones de dominio sean irrelevantes. Este no es el lugar para ampliar esta idea, pero parece importante para las comunidades igualitarias "intencionales" (ver Dentan nd).

Mis otros comentarios son molestos. Aunque Boehm admite que su "muestra" no es representativa, seguramente su biblioteca tenía más información sobre las sociedades asiáticas de la que él usa (y cf. Otterbein 1991). De manera similar, en cuestiones teóricas, sorprende no encontrar ninguna referencia al trabajo de Clayton Robarchek (p. ej., 1979, 1989) y Peter Gardner (p. ej., 1991), quienes anticipan muchos de sus puntos.

Este es un trabajo admirable que merece una amplia audiencia y discusión. Decir que no cubre todos los temas involucrados es simplemente admitir que las limitaciones de espacio del género "artículo de revisión" impiden una descripción completa.

Marie–Claude Dupre

Coussangettes, 63840 Viverols, Francia. 21 XII 92

Estoy de acuerdo con los puntos de vista de Boehm sobre la jerarquía de dominio inverso y le estoy agradecido por haber introducido la ética en el estudio del comportamiento político de las "primeras" sociedades humanas. Nuestra tendencia evolucionista dominante solía trazar un continuo desde las sociedades animales hasta los estados económicamente desarrollados. El argumento documentado de Boehm sugiere, en cambio, una evolución equilibrada durante milenios, con la sociedad humana comenzando en oposición a su base animal; la democracia precedió a las diversas formas no igualitarias y coercitivas de organización política y ahora surge de nuevo. La ambivalencia fue una de las primeras nociones que se me ocurrieron cuando comencé a estudiar las diversas formas políticas empleadas por los Teke del Congo, y de ahí pasé a la idea de estrategias políticas contradictorias y antagónicas elegidas deliberadamente en respuesta a condiciones cambiantes. El artículo de Boehm es un avance interesante; ahora sabemos que las sociedades humanas desde el principio han controlado deliberadamente su historia y han creado las herramientas necesarias para hacerlo. La sorpresa es que esto deba ser sorprendente.

Jonathan D. Hill

Departamento de Antropología, Universidad del Sur de Illinois, Carbondale, Ill. 62901, EE. UU. 5 | 93

La conclusión de Boehm de que "las tensiones políticas en las sociedades de "grandes hombres", los cacicazgos incipientes, las confederaciones tribales de larga duración y los casos de formación de estados secundarios" son fuentes probables de comprensión de la transición de las jerarquías de dominio inversas a las ortodoxas concuerda con mis conclusiones de mucho tiempo en la investigación de campo a largo plazo entre pueblos clasificados económicamente igualitarios del noroeste del Amazonas (ver, por ejemplo, Hill 1984, 1989). Un corolario implícito de la hipótesis de Boehm es que los líderes organizan las intenciones de los seguidores para construir una jerarquía sobre una base consensuada. En las sociedades clasificadas del noroeste amazónico, tiene poco sentido tratar la nivelación y la construcción de jerarquías como procesos separados.

El jefe de una aldea arahuaca en la que trabajé había desarrollado una estrategia basada en la organización de la producción de bienes hortícolas excedentes para el

comercio que dependía en gran medida de su autoridad sobre los hogares de sus hijas casadas y era tolerada debido a su precedente tradicional en el servicio de novias. Cuando los yernos se pusieron del lado de los misioneros a favor de establecer una "tienda" en el pueblo, el cacique intentó coaccionarlos e hizo caer sobre sí mismo el mecanismo tradicional de nivelación de la vergüenza. Su suegra gritó nombres totémicos sagrados de sus ancestros míticos, un acto deliberado de profanación. Este ejemplo se ajusta al modelo de Boehm, pero al mismo tiempo pone de relieve dos dimensiones que están ausentes en su relato. En primer lugar, la nivelación resultó no solo de las intenciones individuales sino de la interacción entre ellas y los procesos colectivos en gran parte inconscientes de empoderamiento grupal encarnados en creencias compartidas sobre la hostilidad primordial entre afines y el poder de los nombres totémicos. En segundo lugar, la historia trata de las relaciones entre los indígenas arahuacos, los habitantes mestizos y los misioneros católicos. ¿Por qué rechazar cualquier caso en el que las relaciones interétnicas hayan permeado la comunidad política local cuando es tan capaz como la comunidad "autónoma" de proporcionar información sobre comportamientos políticos igualitarios? Los etnólogos e historiadores de las Tierras Bajas de América del Sur concuerdan en gran medida en que los comportamientos igualitarios de sus pueblos sólo pueden interpretarse en relación con las pérdidas drásticas de vidas, tierras y autonomía que comenzaron con la introducción de

las enfermedades, los bienes manufacturados y las instituciones políticas occidentales en el período colonial temprano y continuó durante el auge del caucho y la misión, la expansión de la frontera y la militarización de la cuenca del Amazonas. Estos pueblos son todos sobrevivientes de la "Gran Muerte" (Wolf 1982) y de una plétora de transformaciones que los han dejado marginados con respecto a los estados-nación y las relaciones económicas globales. Si se tomara al pie de la letra el criterio de Boehm de excluir todos los casos excepto aquellos en los que "la autonomía local estaba básicamente intacta", pocos de los ejemplos que cita en apoyo de su hipótesis tendrían alguna legitimidad.

Quizás los ejemplos más sobresalientes de las articulaciones de las luchas locales por el reempoderamiento con procesos más amplios de desempoderamiento étnico provienen de África (ver, por ejemplo, Comaroff 1985, Smock 1969). Smock demostró cómo se utilizó el sindicato (un "mecanismo de nivelación" de las sociedades capitalistas industrializadas) para producir una desigualdad estructural entre los trabajadores de la superficie, que controlaban el discurso de la política electoral (así como la fuerza coercitiva de las tropas coloniales británicas) y los mineros, quienes estaban casi totalmente desconcertados por el proceso electoral y les negaron el derecho a la huelga para mejorar sus condiciones de trabajo. Las comunidades ibo se han mantenido

ferozmente igualitarias a lo largo de siglos de comercio de esclavos, gobierno colonial e "indirecto" y modernización. El estudio de Smock sobre la estratificación emergente en los sindicatos Ibo sugiere que la escala es menos importante para comprender la transición de la jerarquía de dominación inversa a la ortodoxa que dos formas de especialización: (1) la diferenciación de roles económicos como mental versus manual y (2) la fragmentación del discurso en vocabularios especializados que alteran radicalmente no sólo el estilo sino también los objetos del habla.

Boehm pregunta si la transición de las jerarquías de dominio inversas a las ortodoxas es generalmente conflictiva o gradual. Los ejemplos que acabamos de mencionar sugieren que suele ser violenta porque las especializaciones que implican son fundamentalmente antítesis de los órdenes sociales igualitarios. La exención de los líderes de la producción de bienes de subsistencia cambia las metas de la reproducción social del reemplazo del capital social entre generaciones (Fortes 1958) a la producción de desigualdad material y de estatus. El surgimiento de discursos especializados toma el control sobre formas vitales de conocimiento –ecológico, mítico, histórico, etc.– lejos de comunidades políticas relativamente autónomas y lo coloca en manos de un gobernante regional o imperial, quien a su vez lo usa para definir un sistema político central.

Susan Kent

*Programa de Antropología, Universidad Old Dominion,
Norfolk, Va. 23529, EE. UU. 290 XII 92*

El artículo de Boehm es interesante y provocador. Hace algunas buenas preguntas, pero no siempre encuentro sus respuestas convincentes. Cuestiono, por ejemplo, su suposición de una propensión humana innata y universal a la jerarquía de dominación y la universalidad de la relación líder-seguidor. Sugiero que, en lugar de jerarquías y líderes de grupo, las sociedades altamente igualitarias pueden tener "líderes" situacionales, temporales y no vinculantes que son líderes solo porque los etnógrafos u otros los han etiquetado como tales (Kent 1989, nd). Estos tienden a ser individuos (como cazadores o recolectores particularmente buenos) cuyas opiniones son más valoradas que las de otros en situaciones específicas (como la localización de plantas y animales) (ver, por ejemplo, Silberbauer 1981, 1982) pero rara vez se perciben como líderes por el resto de la sociedad. En otras palabras, puede ser que algunas sociedades altamente igualitarias tengan "líderes" solo debido a las percepciones de los extraños.

En mi experiencia con grupos igualitarios, los individuos

agresivos y asertivos rara vez son líderes, incluso si esa es su agenda oculta. Necesitamos preguntarnos si las sanciones se emplean para controlar las aspiraciones de liderazgo o simplemente para controlar el comportamiento asertivo desviado. Por ejemplo, Boehm se refiere a mi descripción (1989) de la golpiza de una pandilla a un individuo agresivo en una comunidad del Kalahari recientemente sedentaria y acéfala. Un grupo, principalmente de hombres pero que incluía mujeres, castigó físicamente al agresor por este comportamiento socialmente inaceptable, es decir, por ser un desviado en lugar de ser un posible líder. Aunque la persona que organizó la golpiza una vez me expresó su deseo de ser un líder, nadie lo ha considerado de ninguna manera políticamente distinto. Los navajos entre los que he trabajado (Kent 1983, 1984) también tienen sanciones. contra lo que se percibe como un comportamiento demasiado asertivo, pero sugiero que estas sanciones son contra la desviación más que contra los deseos de liderazgo.

No estoy de acuerdo con la opinión de Boehm de que existe un rasgo conductual innato de dominancia que se expresa sólo en algunos machos. Además, tengo dificultades con la proposición de que, intrínseco a todas las sociedades, existe un mecanismo de control del poder para evitar tal comportamiento: no todos, o incluso la mayoría de los individuos en cualquier sociedad, intentarán usar el poder de manera abusiva o aspirar al liderazgo.

También me pregunto si los supuestos relacionados con las

jerarquías, la asertividad y el dominio pueden generalizarse como "naturaleza humana" cuando las mujeres están básicamente excluidas del estudio, a pesar de la importancia de sus actividades políticas en sociedades igualitarias (ver, por ejemplo, Lee 1982; Silberbauer 1982). La definición de liderazgo político de Boehm como perteneciente solo a los hombres implica involuntariamente que las mujeres no son tan asertivas incluso en sociedades altamente igualitarias o que las inclinaciones políticas no son parte de la naturaleza humana, sino solo de la naturaleza masculina. ¿Cómo encajan las mujeres asertivas en sociedades igualitarias en la teoría de Boehm?

Los temas que plantea Boehm son importantes, aunque tengo problemas con las conclusiones y sus implicaciones. Si bien sus ideas requieren cierto refinamiento y replanteamiento, me parece que vale la pena seguirlas.

Bruce M. Knauft

*Departamento de Antropología, Universidad de Emory,
Atlanta, Ga. 30322, EE. UU. 28 XII 92*

Cómo la agencia personal se traduce en una resistencia colectiva efectiva a la dominación por parte de los líderes es un tema importante en la teoría social actual, pero rara vez se considera en términos evolutivos. La sugerencia de Boehm de que el igualitarismo era universal y se mantenía a través de jerarquías de dominio inverso entre humanos anatómicamente modernos antes de la domesticación de plantas y animales es creativa y está cargada de implicaciones teóricas, pero su argumento requiere refinamiento.

En el lado positivo, el argumento explica plausiblemente una gran aberración que confronta las teorías sociobiológicas de maximización individual de la evolución social humana: ¿cómo es que los machos en grupos humanos simples son tan frecuentemente igualitarios cuando tanto los grandes simios como las sociedades humanas políticamente más complejas exhiben marcadas diferencias y jerarquías de dominación masculina? Su noción

de que las jerarquías de dominación no están ausentes sino efectivamente "invertidas" a través del control social colectivo activo de los líderes tiene la ventaja de mantener la distinción empírica del igualitarismo masculino adulto en las sociedades humanas descentralizadas sin convertirlo en una anomalía del desarrollo. Lo que no hace, sin embargo, es explicar qué tiene la cultura humana (y ningún otro sistema orgánico conocido) que permite el control social gobernado por reglas y moralmente codificado entre congéneres que a menudo son parientes lejanos. El problema es especialmente pronunciado dada la autonomía personal que, de otro modo, alentaría el engaño egoísta y haría del altruismo recíproco una estrategia evolutivamente inestable en grupos humanos de pequeña escala (Boyd y Lorberbaum 1987, cf. Trivers 1985). Al mismo tiempo, como reconoce Boehm, no explica por qué las jerarquías de dominación inversa y el control social igualitario comienzan a decaer con el auge de la producción de alimentos y la creciente complejidad política. Limita indebidamente la conexión entre su argumento y los modelos de herencia dual de la evolución cultural humana, por un lado, y las trayectorias de adaptación socioecológica y cambio histórico, por el otro.

Al lanzar una hipótesis audaz y creativa, Boehm está justificado al poner en primer plano su propio nivel de análisis, pero hay pocas razones para excluir los efectos de las restricciones socioecológicas o las características únicas

de la transmisión cultural humana y la comunicación simbólica. Su argumento es consistente con la selección cultural para compartir información y alimentos en grandes unidades entre recolectores humanos móviles que explotan recursos irregulares y dispersos. Las jerarquías de dominio inverso como norma parecen haber sido poco probables antes del advenimiento del intercambio y la cooperación. Esto marca un cambio cualitativo de los modelos de comportamiento no humanos: un ethos cultural de igualdad sustenta el control moral y social de los líderes asertivos a través de la acción colectiva y cooperativa entre seguidores que pueden ser parientes lejanos o no. Debido a que estas acciones refuerzan una norma moral de igualdad en lugar de servir simplemente para destronar a un líder en favor de otro, están muy importantemente informadas por reglas culturales y son difíciles de explicar sobre la base del interés propio competitivo únicamente.

El amplio rango de variación en las sociedades humanas a pequeña escala desmiente la noción de que el igualitarismo y las jerarquías de dominancia inversa son universales en cualquier sentido simple entre los humanos anatómicamente modernos, pero que no producían alimentos (ver Kelly 1993). La admirable variedad cultural de los ejemplos etnográficos de Boehm deja entrever que es posible, pero está lejos de ser cierto, que existieran jerarquías de dominio inverso en las diversas sociedades que menciona; no se consideran hipótesis alternativas ni medios

para falsear las hipótesis. Además, es un tema separado y no discutido si las sociedades aquí denominadas "igualitarias" son de hecho igualitarias en términos de género y edad. La tesis de Boehm se aplica al igualitarismo entre *hombres adultos*. A pesar de estas advertencias, las caracterizaciones de Boehm probablemente sean correctas para la política masculina entre muchos, si no la mayoría, de los recolectores no intensivos en el registro etnográfico.

Al centrarse en la intencionalidad, Boehm crea un importante puente potencial entre el estudio de la evolución social humana y los intereses actuales de muchos teóricos socioculturales en la agencia individual frente a la práctica reflexiva/irreflexiva, el mantenimiento o la resistencia a las orientaciones culturales hegemónicas y las implicaciones de estos para la diferenciación de estatus sociopolítico. Las consideraciones socioculturales de dominación, resistencia y práctica estratégica (p. ej., como las discutieron Bourdieu, Foucault, Gramsci y Stuart Hall) tienden a ser excluidas del estudio de las formaciones socioculturales prehistóricas y de los modelos materialistas y de selección natural más reduccionistas favorecidos por muchos paleontólogos, arqueólogos y ecólogos del comportamiento. Es triste pero cierto que muchos antropólogos culturales contemporáneos han descartado el estudio de la evolución social humana, considerándolo demasiado alejado de sus preocupaciones. Argumentos como el de Boehm, aunque no logran establecer conexiones explícitas con cuestiones más amplias

de la teoría cultural y posmarxista, pueden ayudar a reducir esta brecha. El argumento de Boehm también comienza a iluminar la distinción política de las sociedades humanas a pequeña escala y las interconexiones entre ellas y los desarrollos evolutivos anteriores y posteriores.

Keith F. Otterbein

Departamento de Antropología, Universidad Estatal de Nueva York en Buffalo, Buffalo, NY 14261, EE. UU. 28 XII 92

Durante mucho tiempo sospeché, y ahora estoy convencido después de leer el artículo de Boehm, que el concepto de sociedad igualitaria carece por completo de sentido. Para usar el término de Boehm, encontrado en otro contexto, es un "estereotipo monolítico". Enmascara una tremenda variación en el comportamiento. El examen de las tablas aclara este punto. Las sociedades incluidas van desde cazadores y recolectores hasta estados, y las "sanciones" cubren una amplia gama de comportamientos. Mi propia investigación sobre enemistades, guerras y penas capitales, utilizando muestras probabilísticas, ha mostrado una amplia variabilidad en estos comportamientos. Etiquetarlas como violencia colectiva no tendría más sentido que etiquetar las "sanciones" como grupo, de comportamiento igualitario. En varios comentarios recientes en CA he descrito la variabilidad en lo que respecta a cazadores y recolectores (1987, 1988, 1991). Es hora de que dejemos de intentar obligar a estas sociedades y a muchas más a adoptar el molde de la sociedad igualitaria.

Steve Rayner

Battelle Pacific Northwest Laboratories, 901 D St. SW, Suite 900, Washington, DC 20024-2113, EE. UU., 7193

Considero que las intenciones de Boehm son, primero, buscar una "teoría general única" que explique "el comportamiento igualitario en todas sus formas" y, segundo, restaurar el concepto de intencionalidad en las explicaciones del comportamiento social humano. Su método es una evaluación cualitativa de una gran muestra de la literatura etnográfica, y su producto teórico es un concepto de jerarquía de dominio inverso mediante el cual los colectivos igualitarios ejercen control sobre los líderes emergentes y potenciales por medio de sanciones que van desde la vergüenza y el ridículo hasta el homicidio. Boehm cree que su investigación proporciona evidencia de que la jerarquía de dominio inverso era una característica universal de las sociedades prehistóricas y que la formación de los primeros estados se produjo a través de una inversión de la dirección del dominio que pudo haber sido repentina o gradual.

Con respecto a una teoría causal, no está claro si Boehm

considera que esto explica por qué las personas favorecen los arreglos igualitarios o explica cómo se mantienen dichos arreglos. La jerarquía de dominancia inversa proporciona una descripción plausible del mantenimiento de los sistemas igualitarios, pero al explicar por qué deberían preferirse en algunas sociedades, parece recurrir a una propensión humana natural a los arreglos igualitarios de que son "simplemente así", difícilmente una teoría causal general.

La noción de que los individuos actúan con la intención de mantener sus arreglos sociales o políticos preferidos es compartida por una serie de corrientes teóricas en sociología y antropología. Sin embargo, hay menos acuerdo sobre el origen de las intenciones (cómo se forman las preferencias) y cómo se acomodan las preferencias individuales en las funciones de utilidad social (la famosa paradoja de Arrow en economía⁹). Me parece que estos son los temas desafiantes sobre el papel de la intencionalidad en el comportamiento social que Boehm no aborda.

El esfuerzo por detectar intencionalidad en una evaluación cualitativa de una gran muestra de la literatura etnográfica es heroico, pero presenta dificultades metodológicas.

⁹ En teoría de la decisión, la paradoja de Arrow o teorema de imposibilidad de Arrow establece que cuando los votantes tienen tres o más alternativas, no es posible diseñar un sistema de votación que permita reflejar las preferencias de los individuos en una preferencia global de la comunidad de modo que al mismo tiempo se cumplan ciertos criterios "racionales":

Ausencia de un "dictador", es decir, de una persona que tenga el poder para cambiar las preferencias del grupo.

Eficiencia de Pareto –también denominada óptimo de Pareto– es una noción que implica que existe un punto de equilibrio en el que no es posible mejorar la situación de un individuo sin perjudicar a otro.

Independencia de alternativas irrelevantes. [N. d. t.]

Boehm nos dice que usó solo "las fuentes que proporcionaron evidencia inequívoca de sanción intencional", pero por lo tanto no sorprende que "los hallazgos de esta encuesta apoyen la hipótesis de que una relación igualitaria entre seguidores y su líder está deliberadamente hecha para suceder por seguidores colectivamente asertivos". Boehm enfatiza la naturaleza preliminar de su estudio. Sin embargo, en el análisis final, solo un protocolo de investigación cuidadosamente diseñado que involucre sujetos vivos puede esperar distinguir la nivelación intencional de los ajustes de estado inconscientes.

Como reconoce implícitamente Boehm, es difícil distinguir la jerarquía de dominio inverso de cualquier número de conductas sancionadoras, que van desde la vergüenza y el ridículo hasta el homicidio, que las sociedades utilizan para mantener a los líderes a raya. Cuando se infringen las normas de conducta social que rigen la conducta de las personas que desempeñan funciones de liderazgo, se sanciona a los infractores. No me parece que haya nada peculiarmente igualitario en este principio. A menos que me esté perdiendo algo, Boehm parece simplemente haber seleccionado casos en los que las normas resultan ser igualitarias.

Finalmente, aunque critica con razón la equiparación del igualitarismo con las sociedades nómadas de recolección de alimentos a pequeña escala, Boehm acepta la definición

convencional de igualitarismo en términos de lo que no es, es decir, en términos de la relativa ausencia de clasificación y estratificación. Es irónico que cite mi volumen editado con James Flanagan (Flanagan y Rayner 1988) en apoyo de esta definición, ya que nuestro propósito al preparar ese libro fue definir el igualitarismo de acuerdo con los atributos que posee como un sistema de reglas para mantener la paridad entre individuos o subunidades sociales (facciones, clanes, linajes, etc.). Desde una perspectiva evolutiva, he argumentado que tales sistemas de reglas pueden exhibir una complejidad teórica de la información medible mucho mayor que los sistemas de reglas necesarios para mantener estructuras políticas jerárquicas (Rayner 1988). Si la evolución tiende en la dirección de una complejidad creciente, podríamos sentirnos tentados a argumentar que la jerarquía fue el estado original de la sociedad humana y que los sistemas sociales igualitarios se desarrollaron como respuesta a ella (un punto de vista que no es inconsistente con el registro de los primates). De hecho, muchas sociedades igualitarias, que van desde los bosquimanos y los mbuti hasta las sectas religiosas y las comunas intencionales, existen como consecuencia de la retirada del contacto o la participación en los sistemas jerárquicos. En nuestra introducción a *Reglas, decisiones y desigualdad*, Flanagan y yo invertimos la suposición convencional sobre el desarrollo social: que las sociedades complejas se desarrollan a partir de un estado igualitario inicial mediante la acumulación de reglas. Sin embargo, la evidencia empírica no es

concluyente. En cualquier caso, el desarrollo de la sociedad humana puede describirse mejor en términos de una tensión dinámica entre modos igualitarios y jerárquicos ilustrados por los patrones cíclicos de las tierras altas de Birmania de Leach (Gross y Rayner 1985) y los ciclos de nivelación de la actividad del culto cargo de Nueva Guinea (Rayner 1982).

Curiosamente, tanto estos ejemplos como otros estudios de caso indican que la transformación de comunidades intencionales igualitarias en jerarquías centralizadas requiere como condición previa que los líderes ejerzan un control efectivo sobre los límites del grupo (Mars 1986, Rayner 1986). Boehm nota las tendencias fisíparas de los grupos igualitarios. Si no podemos establecer la prioridad evolutiva de la igualdad y la jerarquía, entonces haríamos bien en centrarnos en los procesos de retirada, nivelación, expulsión y rutinización. Estos procesos son la clave de la interacción persistente y compleja entre la jerarquía y la igualdad que sigue siendo un elemento importante en los debates de política pública contemporáneos.

RESPUESTA

Christopher Boehm

Los Ángeles, Calif., EE. UU. 1 || 93

Durante casi cuatro décadas, la sociedad "igualitaria" o "acéfala" ha sido un ícono analítico indispensable, pero el ícono se ha erosionado seriamente en los bordes. El concepto original estaba demasiado basado específicamente en el nomadismo, demasiado idealizado y demasiado estrechamente explicado como un efecto de las circunstancias materiales o la estructura social. Era una proyección de investigadores socializados en sociedades políticas modernas que eran jerárquicas y centralizadas pero que, sin embargo, mantenían una ideología igualitaria. Debido a esta tensión, tendíamos a enfatizar la "igualdad", casi ignorando las discrepancias de estatus e incluso el liderazgo de muy bajo perfil. El resultado fue una caricatura. Gradualmente descubrimos que un ethos igualitario podría

coexistir con un grado significativo de jerarquía y podría encontrarse en guerreros tribales e incluso en “sociedades de grandes hombres”. El modelo caricaturizado, que necesitaba urgentemente una revisión, persistió porque la "sociedad igualitaria" era muy útil para el análisis. Mis esfuerzos aquí han tenido dos objetivos: proporcionar una explicación general del igualitarismo y examinar la posibilidad de traer las intenciones de las personas iletradas más explícitamente al análisis etnológico.

Una cantidad suficiente de comentarios y críticas se han centrado en problemas metodológicos para justificar el suministro de detalles adicionales sobre el proyecto de investigación en sí. Mi propia experiencia de campo con personas igualitarias ha sido (bastante breve) con navajos y (principalmente) con pastores trashumantes montenegrinos políticamente extriberales, técnicamente campesinos, cuyo ethos igualitario en 1965 estaba hecho jirones pero aún era fuertemente evidente. Debido a que los materiales etnohistóricos de Montenegro eran excepcionalmente ricos, también estudié su ethos igualitario y su expresión social totalmente tribal antes de la formación del Estado indígena en 1850. Los únicos recolectores que he estudiado son los chimpancés salvajes que proporcionan el modelo para la jerarquía ortodoxa.

Una cosa en la que los estudiosos de la "sociedad igualitaria" parecían estar de acuerdo era que se necesitaban "mecanismos de nivelación" para explicar la

ausencia en muchas sociedades mundiales de una estratificación marcada y un liderazgo fuerte, pero rara vez se preguntaba por qué se necesitaban tales mecanismos. Unas pocas referencias a las tendencias jerárquicas innatas proporcionaron la única hipótesis general impresa cuando comencé la investigación, y mi familiaridad con la literatura sobre las jerarquías de dominación social de los primates me atrajo como hipótesis de trabajo. Pero las hipótesis sobre las tendencias jerárquicas simplemente identificaron contra qué estaban trabajando los mecanismos de nivelación. Lo más parecido a una explicación general fue la impresión de que las personas aman su autonomía y, aunque estoy de acuerdo con Dentan en que muchos académicos apoyarían esa conclusión, la base causal no está muy clara. Con la esperanza de aclarar esto, desarrollé la segunda hipótesis de trabajo de que la naturaleza humana que alentaba a los individuos a dominar estaba al mismo tiempo apoyando las tendencias individuales a *resistir* la dominación, tales tendencias, con amplificación social y algunos medios de implementación, parecían suficientes para producir la nivelación. Pensé que estas hipótesis podrían combinarse para explicar las "sociedades igualitarias" y las "sociedades acéfalas" como instancias de comportamiento colectivo destinadas a reducir la dominación individual similar a la identificada por Lee (1979) y Woodburn (1982). Debido a que tal comportamiento implicaba una sanción deliberada, tuve que enfrentar el problema de la "intencionalidad". Acepté este desafío porque sentí que los antropólogos se

habían basado demasiado en esquemas explicativos reduccionistas que daban por sentado el aporte estratégico indígena o lo trataban indirectamente.

La amplia gama de críticas y comentarios refleja tanto la complejidad como la dificultad de los problemas que atienden al concepto de sociedad igualitaria y los problemas de la calidad de los informes etnográficos y la sutileza de las sanciones igualitarias. Al principio de la encuesta me di cuenta de que, aunque me estaba centrando en el abuso de poder en las sociedades de pequeña escala, lo que realmente buscaba era cualquier abuso de poder fuera de la familia inmediata. También me di cuenta de que frenar el abuso de poder específico de los líderes tenía lugar incluso en sociedades muy jerárquicas. Por esta razón tomé la presencia o ausencia de un ethos igualitario definido como la línea de demarcación; este tipo de ethos desaparece en los cacicazgos y reinos autoritarios, aunque resurge parcialmente en las democracias antiguas y modernas. Debido a que el ethos político de una sociedad a menudo no se informa y las sanciones igualitarias pasadas pueden ser difíciles de analizar, sabía que estaba potencialmente en problemas con respecto a los criterios de falsabilidad si deseaba hacer afirmaciones universales para mis hipótesis. Por esa razón, elegí un argumento de plausibilidad relativa, con la esperanza de estimular el tipo de debate que tales argumentos engendran. Planteé la discusión en términos de *comportamiento igualitario* en lugar de "sociedad

igualitaria", tanto porque el tipo social se había diversificado demasiado como porque deseaba centrarme en el proceso cultural y enfatizar las intenciones indígenas.

Otterbein indica que el "comportamiento igualitario" es simplemente un concepto demasiado general para ser útil en el análisis transcultural. Pero el control decisivo del abuso de poder por parte de los líderes (y otros) en sociedades poco centralizadas que suscriben un ethos *primus inter pares* es empíricamente distinguible de la situación de estados centralizados que carecen de un ethos igualitario, y esta es una distinción que puede ser útil para el análisis tipológico y procesual si uno está interesado en cuestiones más amplias. Es explorando tales preguntas, creo, que eventualmente se pueden desarrollar algunas subcategorías más precisas.

Rayner pregunta si estoy explicando *cómo* o *por qué*, y esta es una pregunta de búsqueda. Aquí, la hipótesis específica del cómo se centra en los métodos indígenas para resolver problemas sociales, específicamente, la sanción y el distanciamiento de los advenedizos. Esto plantea una pregunta de por qué relacionada con sus intenciones: ¿por qué a los principales actores políticos individualmente no les gusta ser dominados, se unen para crear y mantener un ethos igualitario y, en la práctica, intentan hacer que este se mantenga? La última hipótesis del por qué surge de las dos propensiones contradictorias de la naturaleza humana mencionadas anteriormente. Un año y medio en el campo

me ha convencido de que pocos adultos, si es que hay alguno, en una jerarquía de dominación de chimpancés prefieren sus roles sumisos a los de dominación; de hecho, para los machos, la búsqueda agresiva de la dominación equivale a una carrera de por vida (ver también Goodall 1986), Nishida 1967, de Waal 1982). Estas tendencias dan mucho que pensar si se las considera junto con el hecho de que, aunque las sociedades humanas más pequeñas tienen ideologías anticonflicto y un alto grado de conformidad grupal, siempre hay algunos individuos tan agresivos que en ocasiones deben ser ejecutados por todo el grupo actuando como una coalición defensiva.

Si uno desea explorar la cuestión del por qué en términos más inmediatos, tendrá que hacerlo no a nivel genético, sino en términos de psicodinámica o dinámica social o análisis de la conducta de elección. Entonces, como dice Rayner, puede ser hora de investigar a los tomadores de decisiones vivos y no a los relatos etnográficos de otras personas. Creo que los humanos prefieren no ser dominados a menos que se les compense con recompensas significativas, como la protección contra la agresión o la seguridad económica. Así, la tendencia a preferir la libertad al control está lejos de ser absoluta; tiene que competir con las recompensas que pueden provenir de individuos fuertes y también con una temerosa aversión a despertar su ira. Pero mientras el grupo pueda mantener firmemente bajo control la agresividad individual, es probable que ninguno de estos factores

competitivos se desarrolle con fuerza. Aunque la resistencia a una persona inusualmente asertiva puede ser peligrosa si se intenta individualmente, una sociedad pequeña puede manejar fácilmente el problema mediante sanciones manipuladoras agresivas o el establecimiento de distancia social. Al amenazar o practicar tal comportamiento, los principales actores políticos suelen mantener a raya a sus líderes. Cuando la redistribución económica o la protección contra la depredación externa sirven como una recompensa importante, los beneficios de un liderazgo fuerte facilitan la sumisión, y una vez que se le ha otorgado poder a un líder, los costos de la oposición aumentan considerablemente. Creo que una mejor comprensión de tales recompensas y castigos nos ayudará a comprender la transición a la centralización política.

Rayner sugiere que al esforzarme tanto por detectar la intencionalidad, podría haber estado contando solo las fuentes que proporcionaron evidencia inequívoca de sanción intencional y, por lo tanto, rechazaron la posible evidencia negativa. Lo que hice fue examinar cualquier fuente en la que la autoridad centralizada y la estratificación no estuvieran muy bien desarrolladas y tomar como evidencia sólida solo los 48 casos inequívocos de actuación intencional, dejando de lado una serie de casos que simplemente exhibían indicios de sanción y también muchos casos para los cuales la información insuficiente era un problema importante. La mayoría de estos últimos eran

etnografías que pasaban por alto el papel de liderazgo, no daban ejemplos de comportamiento de los líderes, no proporcionaban una descripción del ethos político y no daban ejemplos de personas que intentaran dominar y fueran sancionadas o distanciadas. Estuve atento a la evidencia que podría falsear las hipótesis que se estaban explorando. Por ejemplo, señalé los pocos casos en que los individuos lograron dominar a sus semejantes *sin* ser sancionados. Desafortunadamente, no hubo información precisa sobre la presencia o ausencia de un ethos igualitario en esos casos, ni sabemos cuánto duraron los episodios de dominación. Una vez más, estos casos, junto con informes como el de Gayton (1930) sobre chamanes que intimidaban a la gente entre los yurok aparentemente igualitarios, son de particular interés con respecto a la centralización política.

Mi intento de utilizar la jerarquía de dominancia inversa como una forma de colocar el comportamiento humano en perspectiva en relación con un ancestro simio africano común ha encontrado diversos grados de aceptación. Rayner aparentemente toma la jerarquía de dominio inverso como modelo para sancionar a los líderes en cualquier tipo de sociedad, pero esto no es lo que dije. En las sociedades jerárquicas, mantener a un líder en línea equivale simplemente a un *episodio* de dominación inversa; cuando un líder abusivo se cambia por un líder fuerte que no es abusivo, la jerarquía continúa asumiendo la forma de pirámide ortodoxa. Una jerarquía de dominio inverso está

presente solo cuando a los individuos más fuertes de un grupo se les niega el poder mediante una acción colectiva asertiva de manera continua.

Kent plantea la cuestión fundamental de si todos los grupos humanos tienen líderes, sugiriendo que en muchos casos los líderes son percibidos erróneamente porque los observadores externos acostumbrados a los líderes los ven aunque estén ausentes o porque fuerzan a los individuos a actuar de manera inusual como líderes. Esto introduce problemas de definición y quizás refleja la tendencia a contrastar "gobierno" y "anarquía"; en efecto, esto obliga a una elección tipológica fácil como alternativa a la exploración de las sutilezas del liderazgo discreto. Los antropólogos en sus investigaciones de campo tienden a suponer que lo que ven bajo circunstancias de observación de rutina es todo lo que hay, pero he sugerido que el comportamiento político de los líderes puede mantenerse en un perfil muy bajo por un ethos de *primus inter pares* y sus *efectos inhibidores*. Por ejemplo, entre los recolectores, es probable que el grupo perciba a las personas conocidas por ser astutas en la toma de sus decisiones personales como líderes potenciales cuando surjan necesidades de liderazgo (ver Riches 1982). Kent coloca tales líderes ocasionales entre comillas, pero encuentro útil evitar la distinción tajante.

Obviamente, los líderes cuya utilidad para el grupo es efímera tienen menos probabilidades de abusar del poder

que aquellos cuyos roles se reconocen formalmente o se ejercen continuamente, pero ambos tipos de liderazgo están asociados con un ethos igualitario. Uno esperaría que el liderazgo fuera mucho más prominente y continuo donde el conflicto intergrupual está en curso que donde solo se necesita liderazgo no militar para las exigencias ecológicas o sociales relativamente raras que requieren una respuesta grupal.

Barclay sugiere "anárquico" como una mejor etiqueta que "igualitario" o "dominio inverso" para sociedades sin gobierno o verdaderas sanciones legales. Creo que toda sociedad humana, al menos en tiempos de tensión, producirá líderes y exhibirá sanciones morales que ayuden a organizar y *gobernar* el comportamiento, cualquiera de los dos sería incompatible con cualquier noción de "anarquía". Puede haber algunos problemas de polisemia con este término etnocéntrico, en la medida en que tiende a connotar no solo una ausencia de gobierno como lo conocemos, sino también desorden. La aplicación de incluso el primer sentido del término a los arreglos sociopolíticos de las personas iletradas me parece dudoso porque nuestra propia definición de "gobierno" se interpone en el camino de la exploración imparcial de la política de bajo perfil. Mi punto es que los comportamientos matizados reflejan no tanto una ausencia de gobierno como una supresión parcial de las tendencias hacia el gobierno.

Kent también plantea la cuestión de si la sanción igualitaria

se dirige contra las aspiraciones de liderazgo o simplemente contra el comportamiento asertivo desviado. En mi trabajo no existe tal dilema. Si las aspiraciones particulares de liderazgo se codifican indígenamente como abusivas, esto no es diferente de que cualquier otro individuo sea abusivamente dominante, excepto que, al decidir sobre las sanciones, el grupo debe incluir el valor positivo del liderazgo de la persona en la ecuación. Si está presente un ethos igualitario, el liderazgo abusivo es, por definición, algo desviado.

Kent dice que, según su experiencia, los individuos agresivos y asertivos rara vez son elegidos como líderes. Mi sugerencia es que, si tales grupos son observados por suficiente tiempo, eventualmente un líder intentará engrandecerse a sí mismo. Cuando el grupo comete un error, las personas similares a los san y los navajos parecen tratar el liderazgo demasiado agresivo como cualquier otro problema de abuso de poder, a través de sanciones manipulativas o distanciamiento social, como con el abandono de Geronimo por parte de su banda. En términos más generales, el punto de Kent está bien entendido. Como traté de dejar claro en el artículo, la naturaleza vigilante del comportamiento igualitario hace posible que los principales actores políticos se adelanten a los intentos de autoengrandecimiento, y una forma de hacerlo es evitar elegir a ciertas personas como líderes.

Finalmente, para Kent hay preguntas sobre los roles de las

mujeres. Mi sensación es que nuestros propios estereotipos de roles sexuales han resultado en algunas percepciones etnográficas sesgadas en torno al poder político y la influencia de las mujeres (un problema que reconocí en una nota al pie). Empíricamente, nos enfrentamos al hecho de que, dejando de lado los sesgos de reporte, las mujeres no suelen ser las líderes de los grupos donde se reconoce un rol de liderazgo, y aunque pueden ser miembros plenos o parciales de los consejos de decisión, en ocasiones son excluidas. La definición de actor político principal fue diseñada para dar cuenta de cualquiera de estas contingencias sin prejuicios hacia ninguno de los dos sexos. La forma en que una mujer asertiva encajaría en mi teoría es que si intentara abusar del poder sería controlada como cualquier otro advenedizo a menos que hubiera alguna actitud especial que resultara en un sesgo de rol sexual.

Queda la cuestión de si la propia naturaleza humana podría ser sexualmente dimórfica. Dije en efecto que son los chimpancés machos los que parecen obsesionados por el poder político, pero no iría tan lejos como para afirmar que los genes los hacen así (aunque esto parece posible). Si no hay una respuesta definitiva a la pregunta con los chimpancés, parece poco probable que podamos adivinar con los humanos. Mi suposición al escribir el artículo era que básicamente hay una naturaleza humana y que dondequiera que las mujeres tengan una participación parcial o total en el proceso político, como actores políticos principales o

como desviados que abusan del poder o incluso como contribuyentes a la opinión pública, tienen un papel en el proceso político igualitario. Obviamente es una cuestión cultural si las mujeres están incluidas entre aquellos definidos indígenamente como pares.

Dentan plantea el tema de la autonomía e indirectamente de la psicodinámica como un tipo de análisis que dejé de discutir. Menciono de pasada mi omisión de citar el artículo reciente sobre la autonomía entre los recolectores de Gardner (1991), con la sugerencia de que algunas de mis ideas fueron anticipadas en él y en el trabajo de Robarchek. Con respecto al esfuerzo paralelo de Gardner, mi artículo estaba básicamente completo a fines de 1991 y ya había decidido que un enfoque de "autonomía" no era apropiado para mis objetivos analíticos. Con respecto a la originalidad, también debo mencionar que los argumentos presentados aquí han sido publicados en varios contextos (Boehm 1982b, 1984, 1986a, 1991) como hipótesis evolutivas o políticas dirigidas a los recolectores y otros. Más importante aún, la descripción de Lee (1979) del control social sano y la hipótesis muy específica de Woodburn (1982) sobre los recolectores africanos que intencionalmente mantienen su vida social igualitaria a través de la sanción no aparecen en la lista de Gardner de 12 explicaciones de recolectores, aunque la autonomía es prominente en sus interpretaciones. La discusión que sigue al artículo de Gardner toca la sanción en varios puntos, pero de nuevo no como una posible causa

importante del comportamiento igualitario. Si hubiera estado escribiendo un libro en lugar de un artículo, habría tenido en cuenta el análisis útil de Gardner y la animada discusión que engendró, así como los pensamientos de Robarchek. Aquí tomé un atajo analítico pasando por alto la psicodinámica individual y buscando propensiones panhumanas contradictorias (dominio, sumisión y aversión a ser dominado) que impulsan la psicodinámica y dan forma a la psicología social. Me concentré en el ethos igualitario como un locus *cultural de valores* que motiva la sanción.

Dentan sugiere que el análisis aquí es hobbesiano porque no hay ningún elemento de autocontrol. Creo que el autocontrol está implícito en el argumento, pero es mucho más difícil de demostrar mediante el estudio de casos que el control externo mediante la sanción. Dejé en claro que el castigo ocasional de los individuos demasiado asertivos suprime las tendencias de dominación individual a largo plazo en ausencia de más sanciones dando "ejemplos" a las personas, y consideraría que esto implica autocontrol. También insinué que la sensibilidad a un ethos igualitario tiene un efecto similar. Más allá de esto, creo que la variabilidad psicológica entre los miembros del grupo en materia de comportamiento de autocontrol y dominación también figura en el análisis. No es una guerra de todos contra todos sino una guerra de la gran mayoría que está dispuesta a conformarse con la igualdad contra algún otro dominador que no lo está. La suposición sería que tales

advenedizos pierden el autocontrol o juzgan imperfectamente las intenciones igualitarias de sus pares y piensan que pueden salirse con la suya.

Dentan argumenta que abandonar a un líder abusivo no es, de hecho, un comportamiento dominante. Hasta cierto punto estoy de acuerdo, y me esforcé por diferenciar la deserción de la sanción moral más manipuladora. Se podría argumentar que la deserción implica distanciamiento social más que manipulación social, pero lo mismo se aplica a la ejecución y el exilio, y estos implican una manipulación moralista decisiva de una situación problemática. De hecho, exiliar, desertar o ejecutar a un advenedizo equivale a un caso muy fuerte de ostracismo, pero la deserción tiene menor aura de dominio porque el grupo puede escabullirse en la noche en lugar de enfrentarse al advenedizo. De hecho, sugiere el patrón de evitación que se encuentra entre los recolectores, utilizado con más frecuencia en el manejo de conflictos que la resolución de conflictos más manipuladora que se encuentra entre los pueblos sedentarios. Si pareciera que me estoy poniendo quisquilloso aquí, es porque se podría argumentar que la evasión fue la única solución al problema de la dominación durante el Paleolítico y, por lo tanto, la jerarquía de dominación inversa estuvo ausente, aunque la evasión temerosa facilitó la nivelación. Sin embargo, hay que considerar que el líder abandonado sabría dónde encontrar al grupo y recuperar el dominio si no hubiera otro obstáculo. Empíricamente, los grupos que

informan sólo deserción son aproximadamente la mitad de los forrajeadores, pero para los tres grupos australianos, las tres sociedades forrajeras africanas y los esquimales no se informa ninguna deserción.

Barclay señala otras causas de nivelación además de la sanción intencional, como la interrupción externa de los cargos hereditarios, las deudas de los jefes y los celos. A estas se pueden agregar las diversas explicaciones ecológicas, económicas y sociales enumeradas, incluidas las acusaciones de brujería como expresión de los celos. De manera similar, Knauff considera que mi tratamiento de tales mecanismos de nivelación automática indica que ellos y los mecanismos de nivelación intencionales son mutuamente excluyentes, pero de hecho me preocupaba que los mecanismos de nivelación automática fueran solo una parte de la historia. Si alguna combinación de estos factores de nivelación automáticos o externos fuera tan eficaz que ningún individuo intentara dominar a nadie, un grupo podría no tener ningún estímulo para desarrollar un ethos igualitario o un comportamiento igualitario, y la jerarquía de dominio inverso podría estar menos extendida de lo que he sugerido. Es concebible, por ejemplo, que las acusaciones de brujería basadas en la envidia a veces realicen las mismas funciones de nivelación que las sanciones plenamente conscientes (como, por ejemplo, con Knauff o Gebusi) y hacer esto de manera tan completa que no surja un ethos igualitario, pero estar seguro de que un

ethos igualitario está ausente puede requerir técnicas de investigación especializadas.

En cualquier caso, la sanción igualitaria como conducta intencional plenamente consciente recibe una ayuda sustancial de una amplia variedad de mecanismos automáticos de nivelación. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que también existen factores materiales que promueven la jerarquía. Por ejemplo, cuando los recursos permiten que grandes poblaciones vivan en un lugar, y particularmente si hay un patrón de guerra que hace que la fisión no sea rentable, los grupos pueden no dividirse incluso cuando crecen tanto que desarrollan facciones que inhiben la sanción unánime e igualitaria. Esto facilita mucho el desarrollo de la autoridad centralizada, a pesar de que tanto los mecanismos de nivelación intencionales como los automáticos pueden estar operando en la dirección opuesta. Es importante no idear una explicación centrada en el requisito funcional inmediato para el análisis, ya sea esta nivelación igualitaria o el desarrollo de la jerarquía y la formación del Estado. Considero que esta es una crítica importante y espero que el marco analítico integrado que he desarrollado aquí facilite un enfoque más imparcial.

El interesante estudio de caso de Hill del Noroeste de la Amazonía ilustra muy bien cómo entre los campesinos la opinión pública puede enfocarse en un líder y avergonzarlo para que renuncie al control en un caso de abuso de poder. Inicialmente, decidí omitir las sociedades que no eran

completamente autónomas localmente, pero con el análisis preliminar completo, tiene sentido observar detenidamente tales complicaciones, ya que hay muchas sociedades campesinas que tienen un grado muy importante de autonomía local, incluida la mano libre en la elección (y control) de sus propios líderes y una gran responsabilidad en la vigilancia de su propio comportamiento. Los casos citados por Hill son muy informativos y creo que dan crédito a la idea de que el modelo que propongo podría ayudar a explicar tanto la centralización política prístina como la secundaria.

Mientras Hill busca ampliar la definición de comportamiento igualitario, Barclay cuestiona la inclusión de ciertas sociedades no campesinas. Los beduinos presentan problemas como sociedades parciales, pero a menudo su autonomía local es suficiente para cumplir con los criterios de mi encuesta.

Los montenegrinos del área de refugio, al igual que los bereberes, conservan plena autonomía local la mayor parte del tiempo a pesar de que han tenido que hacer frente a los depredadores externos y se han sometido convenientemente mediante el pago de tributos cuando fue necesario.

En cualquier caso, estoy de acuerdo con Hill en que la definición de comportamiento igualitario ahora podría ampliarse para incluir a los campesinos que eligen a sus líderes y sancionan por sí mismos, y también a las sociedades

modernas que hacen más que hablar de los principios igualitarios. Sin embargo, estas no son jerarquías de dominancia inversa como las he definido.

Como se indicó anteriormente, estoy de acuerdo con Knaft en que la presencia de nivelación intencional de ninguna manera descarta las contribuciones socioecológicas a la nivelación. Hice hincapié en la intencionalidad porque los argumentos socioecológicos, aunque a menudo plausibles, parecían artificiosos y porque las fuerzas citadas eran tan variadas que imposibilitaban cualquier explicación general. Aunque algunos comentaristas parecen preocupados por colocar mi explicación general en una perspectiva evolutiva, a Knaft le gustaría que explicara qué tiene la cultura humana que permite que se desarrolle un control social codificado moralmente y regido por reglas entre individuos que son parientes lejanos, llamando para el tratamiento analítico de la coevolución y el cambio histórico a largo plazo en un contexto ecológico. Estas preguntas son muy interesantes, y estoy de acuerdo con Knaft en que, si se pueden construir mejores puentes entre la evolución y otras perspectivas en antropología, la disciplina se beneficiará. Obviamente, la capacidad humana para la cooperación es intrínseca al tipo de sanción consensuada que estoy discutiendo. Si cada instancia de cooperación debe estar respaldada por un argumento de idoneidad inclusiva requiere una consideración cuidadosa. En teoría, si la capacidad de un individuo para cooperar fuera

únicamente el resultado de la selección de genes que favoreciera la capacidad individual para compartir la carne de caza mayor, no veo ninguna razón por la que no se hayan podido inventar de manera flexible otras formas de cooperación como efectos indirectos, por así decirlo, y continuaron a través de la selección puramente cultural sin beneficio genético individual siempre que no redujeran la aptitud inclusiva (ver Wilson 1989, Boehm 1981). De hecho, sin embargo, la sanción moral como un tipo especial de comportamiento cooperativo parecería proporcionar ventajas reproductivas a los miembros del grupo en competencia con los desviados. Cuando los individuos codiciosos o los tramposos o los asesinos reincidentes dentro del grupo son frenados, el resto de los miembros del grupo aumentan su aptitud al negar a un aspirante a advenedizo ventajas especiales como esposas múltiples, la mayor parte de la subsistencia o una vida más larga. Si este análisis tiene sentido, entonces la capacidad individual para el comportamiento igualitario cooperativo beneficia el éxito reproductivo. Pero para evitar la artimaña, es necesario decir también que la propensión a la autoafirmación competitiva individual también parecería proporcionar recompensas de aptitud hasta el punto de que un aspirante a dominador comienza a recibir sanciones que restringen la reproducción. Entonces, en lo que respecta a la selección genética, en teoría, las jerarquías de dominancia inversa podrían continuar para siempre mientras las dos propensiones permanecieran en equilibrio. Obviamente, es

a los factores ambientales y culturales a los que debemos prestar atención si queremos explicar el retorno a las jerarquías de dominación ortodoxas y la formación del Estado.

Una cuestión que debo abordar más a fondo en la conclusión es si el comportamiento igualitario y la jerarquía de dominio inverso pueden aplicarse a la mayoría o a todas las sociedades de pequeña escala que carecen de jerarquías muy marcadas. Los datos de la encuesta no permiten una respuesta definitiva.

Mi evaluación ponderada es que probablemente todas las sociedades humanas que exhiben un ethos igualitario han desarrollado un repertorio de mecanismos de afrontamiento que van desde las quejas y las críticas directas hasta el ostracismo, la deposición, la deserción y, a menudo, la ejecución, todo con un solo propósito. Sin embargo, dada la flexibilidad de la naturaleza humana y la amplia variedad de particularidades históricas y ambientales del mundo, no sería sorprendente que el ethos igualitario estuviera ausente en varias sociedades pequeñas, más allá de que los informes etnográficamente adecuados considerados aquí incluyan varios casos de individuos fuertes que dominan sus grupos sin ser sancionados.

Así, aunque he empleado la noción de "universal" al proponer una teoría general, felizmente me conformaría con "generalizada". Esto no cambiaría ninguno de los

argumentos, pero dejaría abierta la posibilidad de que en el Paleolítico existieran jerarquías de dominio tanto ortodoxas como inversas.

Lo importante es que reconozcamos las fuerzas que hacen que el comportamiento igualitario sea tan generalizado. Este fenómeno de que las personas configuran su vida política de acuerdo con la aversión a ser dominadas parece ocurrir dondequiera que exista un ethos igualitario y una capacidad para el consenso y la aplicación de presión colectiva a los desviados. Las condiciones ecológicas pueden promover la nivelación o el crecimiento de la jerarquía y deben evaluarse en cada instancia de manera integral y sin prejuicios o artilugios involuntarios.

Los hábitos analíticos de los antropólogos han favorecido durante mucho tiempo las explicaciones que toman las variables culturales y ecológicas como autoorganizativas, y considero que esto es un serio inconveniente, aunque tales modelos obviamente han sido muy útiles. De hecho, he invertido un esfuerzo sustancial en analizar este problema particular del proceso político precisamente porque proporciona un caso de prueba para el argumento de que las intenciones de los actores iletrados pueden ser una variable independiente predominante. Si mis interpretaciones de la sanción igualitaria son correctas, existe una relación extremadamente estrecha entre el "intencionalismo" de mis argumentos y el comportamiento intencional, políticamente perspicaz y realistamente efectivo de los recolectores y

otros que han sido documentados para salvaguardar esta autonomía al sancionar a los advenedizos. Considero que este es uno de los puntos principales de mi artículo, y parece haber sido aceptado en general, particularmente por Dupre.

Queda por ver si la jerarquía de dominancia inversa es una caracterización adecuada para el producto social del comportamiento igualitario, ya que su aplicabilidad a las hipótesis sobre la prehistoria humana depende en parte de cómo se interprete el comportamiento político discreto de ciertos recolectores. Puede ser difícil para los académicos que piensan en términos de un contraste binario entre "gobierno" y "anarquía" resolver esto; de hecho, la investigación de campo imparcial dirigida a observar aspectos más sutiles de las personalidades y estilos de liderazgo, como Lee (1982) ha sido pionera, y las investigaciones de las historias políticas específicas de los grupos a través del recuerdo directo y la tradición oral pueden ser la única forma de evaluar la trayectoria a largo plazo de la dinámica política de tales grupos. Pero como punto de partida tenemos el hecho de que se informa un ethos igualitario para una gran cantidad de recolectores existentes. Donde se informa tal ethos, también es probable que exista una jerarquía de dominio inverso y que haya existido entre sus precursores.

¿Qué pasa con la investigación futura? Los recolectores en general son de particular interés para la hipótesis de que, prehistóricamente, la jerarquía de dominancia ortodoxa fue

reemplazada durante un tiempo por la jerarquía de dominancia inversa. Usando solo informes publicados, he demostrado que los recolectores controlan conscientemente sus situaciones políticas de varias maneras. Idealmente, habrá datos adicionales y una reinterpretación de los datos existentes en este área. Siguiendo la sugerencia de Rayner, espero sinceramente que esta discusión estimule a los académicos que todavía tienen la oportunidad de estudiar a los recolectores localmente autónomos para examinar la presencia o ausencia de un ethos igualitario, roles de liderazgo, tipos de personalidad de los líderes y la sanción de advenedizos y de líderes advenedizos en particular. El control social por brujería también merece una mayor investigación o reinterpretación desde este punto de vista, aunque esto podría ser difícil.

Con respecto al desarrollo de la centralización política y los orígenes del Estado, creo que el análisis es aplicable en gran medida sin mayor investigación; las teorías del conflicto se han centrado en el conflicto de clases y el conflicto entre facciones, pero no en la tensión generalizada que he documentado entre las bases y los individuos demasiado asertivos. Esta tensión surge al menos de manera episódica en prácticamente todos los tipos de sociedades de pequeña escala localmente autónomas, incluidas algunas que exhiben diferencias de rango o un liderazgo autoritario efímero. Si se acepta que la tensión fundamental que he propuesto existe empíricamente, entonces se pueden

explorar nuevas hipótesis sobre las primeras fases de la centralización política. Estas deben dar cuenta específicamente de la forma en que el ethos igualitario y el comportamiento sancionador que engendra son derrotados, atrofiados, cooptados o desplazados. También podría ser útil una investigación mejor enfocada de esta tensión en sociedades de grandes hombres, cacicazgos incipientes y episodios de formación de estados secundarios.

La diversidad de respuestas refleja la diversidad de argumentos que he usado para defender el comportamiento igualitario como una categoría transcultural útil que tiene implicaciones para comprender tanto la filogenia como el aspecto intencional del proceso cultural. Mi intención era plantear algunas preguntas nuevas sobre un concepto antropológico central que estaba experimentando un estrés paradigmático cada vez mayor y buscar la aceptación de una hipótesis general que tuviera en cuenta los diseños políticos de los actores iletrados. Espero que este debate sirva como un comienzo y no como un final.

REFERENCIAS CITADAS

- ABERNETHY, VIRGINIA. 1979. *Population pressure and cultural adjustment*. New York: Human Sciences Press.
- ALLEN, MICHAEL. 1984. Elders, chiefs, and big men: Authority legitimization and political evolution in Melanesia. *American Ethnologist* 11:20-41.
- BANDYOPADHYAY, p. K. 1985. *Leadership among the Mizos*. Delhi: B. R. Publishing.
- BARCLAY, HAROLD B. 1970. "Is there a theme of equality in the Arab rural community?" in *Themes in culture*. Edited by M. D. Zamora, J. M. Mahar, and H. Orenstein, pp. 285-306. Quezon City: Kayumanggi Publishers, [HBB]
- . 1990. *People without government: An anthropology of anarchy*. London: Kahn and Averill, [HBB]
- BASEHART, HARRY. 1970. Mescalero Apache band organization and leadership. *Southwestern Journal of Anthropology* 26:87-105.
- . 1974. *Mescalero Apache subsistence patterns and sociopolitical organization*. New York: Garland.
- BEATTIE, JOHN. 1967. "Checks on the abuse of political power in some African

states: A preliminary framework for analysis/' in *Comparative political systems: Studies in politics of preindustrial societies*. Edited by R. Cohen and J. Middleton, pp. 335-73- Garden City: Natural History Press.

- BEGLER, ELSIE B. 1978. Sex, status, and authority in egalitarian society. *American Anthropologist* 80:571-88.
- BENJAMIN, GEOFFREY. 1968. Headmanship and leadership in Temiar society. *Federation Museums Journal*, n.s., 13:1-43. [RKD]
- BERN, JOHN. 1979. Ideology and domination: Toward a reconstruction of Australian Aboriginal social formation. *Oceania* 50:118-32.
- . 1987. Is the premise of egalitarianism inequality? *Mankind* 17:212-23.
- BERNDT, RONALD M., AND CATHERINE H. BERNDT. 1964. *The world of the first Australians: An introduction to the traditional life of the Australian Aborigines*. Chicago: University of Chicago Press.
- BIOCCA, ETTORE. 1970. *Yanoama: The narrative of a white girl kidnapped by Amazonian Indians*. New York: Dutton.
- BLACK, JACOB. 1972. Tyranny as a strategy for survival in an "egalitarian" society: Luri facts versus an anthropological mystique. *Man* 7:614-34.
- BLOCH, MAURICE. 1981. Hierarchy and equality in Merina kinship. *Ethnos* 46:5-18.
- BOEHM, CHRISTOPHER. 1978. Rational preselection from hama- dryas to *Homo sapiens*: The place of decisions in adaptive process. *American Anthropologist* 80:265-96.
- . 1981. "Parasitic selection and group selection: A study of conflict interference in rhesus and Japanese macaque monkeys." *Primate behavior and sociobiology: Proceedings of the International Congress of Primatology*. Edited by A. B. Chia- relli and R. S. Corruccini. Heidelberg: Springer.

- . 1982a. A fresh outlook on cultural selection. *American Anthropologist* 84:105-24.
- . 1982b. The evolutionary development of morality as an effect of dominance behavior and conflict interference. *Journal of Social and Biological Sciences* 5:413-22.
- . 1983. *Montenegrin social organization and values*. New York: AMS Press.
- . 1984. Can social hierarchy and egalitarianism both be ascribed to the same causal forces? *Politics and the Life Sciences* 1:12-14.
- . 1986a. *Blood revenge: The enactment and management of conflict in Montenegro and other tribal societies*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- . 1986b. "Capital punishment in tribal Montenegro: Implications for law, biology, and theory of social control," in *Ostracism: A social and biological phenomenon*. Edited by M. Gruter and R. Masters, pp. 155-72. New York: Elsevier.
- . 1988. Review of: *Death, sex, and fertility: Population regulation in preindustrial and developing societies*, by Marvin Harris and Eric Ross (New York: Columbia University Press, 1987). *Population and Environment* 10:135-38.
- . 1989. Ambivalence and compromise in human nature. *American Anthropologist* 91:921-39.
- . 1991. Comment on: Violence and sociality in human evolution, by Bruce Knauft. *CURRENT ANTHROPOLOGY* 32:411-12.
- BOHANNAN, LAURA. 1958. "Political aspects of Tiv social organization," in *Tribes without rulers: Studies in African segmentary societies*. Edited by John Middleton and David Tait, pp. 33-36. London: Routledge and Kegan Paul.
- BOYD, ROBERT, AND J. P. LORBERBAUM. 1987. No pure Strategy is evolutionarily

stable in the repeated prisoner's dilemma game. *Nature* 327:58-59. [BMK]

BRIGGS, JEAN L. 1970. *Neverin anger*. Cambridge: Harvard University Press.

BROWN, PAULA. 1987. New men and big men: Emerging social stratification in the Third World, a case study from the New Guinea highlands. *Ethnology* 26:87-105.

----. 1990. Big man, past and present: Model, person, hero, legend. *Ethnology* 24:97-116.

BUXTON, JEAN. 1958. "The Mandari of the southern Sudan," in *Tribes without rulers: Studies in African segmentary societies*. Edited by John Middleton and David Tait, pp. 67-96. London: Routledge and Kegan Paul.

BURKE, EDMUND. 1982 (1791). "Letter to a member of the National Assembly," in *The portable conservative reader*. Edited by Russell Kirk, pp. 47-48. Harmondsworth: Viking Penguin. [RKD]

CAMPBELL, DONALD T. 1965. "Variation and selective retention in socio-cultural evolution," in *Social change in developing areas*. Edited by H. R. Barringer, G. I. Blanksten, and R. W. Mack, pp. 19-49. Cambridge: Schenckman.

----. 1972. On the genetics of altruism and the counter-hedonic component of human culture. *Journal of Social Issues* 28:21-27.

----. 1975. On the conflicts between biological and social evolution and between psychology and moral tradition. *American Psychologist* 30:1103-26.

CASHDAN, ELIZABETH A. 1980. Egalitarianism among hunters and gatherers. *American Anthropologist* 82:116-20.

CHILDE, V. GORDON. 1936. *Man makes himself*. London: Watts.

CLASTRES, PIERRE. 1977. *Society against the state: The leader as servant and*

the humane uses of power among the Indians of the Americas. New York: Urizen.

- COHEN, MARK N. 1985. "Prehistoric hunter-gatherers: The meaning of social complexity," in *Prehistoric hunter-gatherers: The emergence of cultural complexity*. Edited by T. Douglas Price and James A. Brown, pp. 99-119. New York: Academic Press.
- COHEN, RONALD. 1978. "State origins: A reappraisal," in *The early state*. Edited by H. J. M. Claessen and P. Skalnik, pp. 31-76. The Hague: Mouton.
- COOPER, JOHN. 1946. "Patagonian and Pampean hunters," in *Handbook of South American Indians*, vol. i, *The marginal tribes*. Edited by Julian H. Steward. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office.
- COMAROFF, JEAN. 1985. *Body of power, spirit of resistance: The culture and history of a South African people*. Chicago: University of Chicago Press, [JDH]
- CROCKER, j. CHRISTOPHER. 1969. Reciprocity and hierarchy among the eastern Bororo. *Man* 4:44-58.
- DENIG, EDWIN T. 1930. *The Assiniboin*. Bureau of American Ethnology Report 46.
- DENTAN, ROBERT KNOX. 1992. "The rise, maintenance, and destruction of peaceable polity: A preliminary essay in political ecology," in *Aggression and peacefulness in humans and other primates*. Edited by James Sil verberg and J. Patrick Gray, pp. 214-70. London: Oxford University Press, [RKD]
- . n.d. " 'Surrendered men': Peaceable enclaves in the postenlightenment West," in *Nonviolence and peace: Anthropological insights*. Edited by Thomas Gregor and Leslie Sponsel. In press, [RKD]
- DICKSON, H. R. p. 1949. *The Arab of the desert: A glimpse into Badawin life in Kuwait and Sau'di Arabia*. London: George Allen and Unwin.

- DJILAS, MILOVAN. 1966. *Njegosh: Prince, poet, bishop*. New York: Harcourt Brace Jovanovich.
- DOLE, GERTRUDE. 1966. "Anarchy without chaos: Alternatives to political authority among the Kirikuru," in *Political anthropology*. Edited by Mark Swartz, V. Turner, and A. Tuden. Chicago: Aldine, [HBB]
- DRAPER, PATRICIA. 1978. "The learning environment for aggression and anti-social behavior among the !Kung (Kalahari Desert, Botswana, Africa)/' in *Learning non-aggression: The experience of non-literate societies*. Edited by Ashley Montagu, pp. 31-53- New York: Oxford University Press.
- DUMONT, LOUIS. 1970. *Homo Hierarchicus: The caste system and its implications*. Chicago: University of Chicago Press.
- ELKIN, HENRY. 1940. "The northern Arapaho of Wyoming," in *Acculturation in seven American Indian tribes*. Edited by Ralph Linton, pp. 207-58. New York: Appleton Century.
- ENDICOTT, KIRK. 1988. "Property, power, and conflict among the Batek of Malaysia," in *Hunters and gatherers, vol. 2, Property, power, and ideology*. Edited by Tim Ingold, David Riches, and James Woodburn, pp. 110-28. Oxford: Berg.
- EVANS-PRITCHARD, E. E. 1940a. *The Nuer: A description of the modes of livelihood and political institutions of a Nilotic people*. Oxford: Clarendon.
- . 1940b. *The political system of the Anuak of the Anglo- Egyptian Sudan*. London School of Economics Monographs in Social Anthropology 4.
- FIRTH, RAYMOND. 1949. "Authority and public opinion in Ti- kopia," in *Social structure: Studies presented to A. R. Radcliffe-Brown*. Edited by Meyer Fortes, pp. 168-88. Oxford: Clarendon Press.
- FIX, ALAN G., AND LUAN ENG LIE-INJO. 1975. Genetic mi - crodifferentiation in the

Semai Senoi of Malaysia. *American Journal of Physical Anthropology* 43:47-55. [RKD] FLANAGAN, JAMES G. 1989. Hierarchy in simple "egalitarian" societies. *Annual Review of Anthropology* 18:245-66.

FLANAGAN, JAMES F., AND STEVEN RAYNER. Editors. 1988. *Rules, decisions, and inequality in egalitarian societies*. Brookfield, Vt.: Gower.

FORGE, ANTHONY. 1972. The golden fleece. *Man* 7:527-40. FORTES, MEYER. 1958. "Introduction," in *The developmental cycle of domestic groups*. Edited by Jack Goody, pp. 1-14. Cambridge Papers in Social Anthropology 1. [JDH]

FORTES, MEYER, AND E. E. EVANS-PRITCHARD. Editors. 1940. *African political systems*. London: Oxford University Press.

FOSTER, GEORGE. 1965. Peasant society and the image of limited good. *American Anthropologist* 67:293-315. [HBB] FREEMAN, DEREK. 1970. *Report on the Iban*. London School of Economics Monographs on Social Anthropology 41.

FRIED, MORTON H. 1967. *The evolution of political society: An essay in political anthropology*. New York: Random House.

FURER-HAIMENDORF, CHRISTOPH VON. 1943. *The Chenchus: Jungle folk of the Deccan*. London: Macmillan.

GARDNER, PETER. 1991. Foragers' pursuit of individual autonomy. *CURRENT ANTHROPOLOGY* 32:543-58. [RKD]

GAYTON, A. H. 1930. *Yokuts-Mono chiefs and shamans*. Berkeley: University of California Press.

GEARING, FRED. 1962. *Priests and warriors: Social structures for Cherokee politics in the 18th century*. *Memoirs of the American Anthropological Association* 93.

GLADWIN, HUGH, AND MICHAEL MURTAUGH. 1980. "The at-tentive-preattentive distinction in agricultural decision making," in *Agricultural decision*

making. Edited by Peggy Barlett, pp. 115-36. New York: Academic Press.

GLUCKMAN, MAX. 1965. *The ideas in Barotse jurisprudence*. New Haven: Yale University Press.

GODELIER, MAURICE. 1982. "Social hierarchies among the Baruya of New Guinea," in *Inequality of New Guinea highlands societies*. Edited by A. Strathern, pp. 3-34. Cambridge: Cambridge University Press.

----. 1986. *The making of great men: Male dominance and power among the New Guinea Baruya*. Cambridge: Cambridge University Press.

GOODALL, JANE. 1986. *The chimpanzees of Gombe*. Cambridge: Harvard University Press.

GROSS, JONATHAN L., AND STEVE RAYNER. 1985. *Measuring culture: A paradigm for the analysis of social organization*. New York: Columbia University Press, [SR]

GULLIVER, PHILIP H. 1958. *Land tenure and social change among the Nyakyusa*. Kampala: East African Institute of Social Research.

HAAS, JONATHAN. 1981. "Class conflict and the state in the New World," in *The transition to statehood in the New World*. Edited by G. D. Jones and R. R. Kautz, pp. 80-102. Cambridge: Cambridge University Press.

HILGER, SISTER INEZ M. 1952. *Arapaho child life and its cultural background*. Bureau of American Ethnology Bulletin 148.

HILL, JONATHAN D. 1984. Social equality and ritual hierarchy: The Arawakan Wakuenai of Venezuela. *American Ethnologist* 11:528-44. [JDH]

----. 1989. Ritual production of environmental history among the Arawakan Wakuenai of Venezuela. *Human Ecology* 17:1-25. [JDH]

HOEBEL, E. ADAMSON. 1964. *The law of primitive man: A study in comparative legal dynamics*. Cambridge: Harvard University Press.

- HOFSTADTER, RICHARD. 1965. *The paranoid style in American politics*. New York: Knopf, [RKD]
- HOGBIN, H. IAN. 1951. *Transformation scene: The changing culture of a New Guinea village*. London: Routledge and Kegan Paul.
- HOWARD, JAMES H., WITH PETER LE CLAIRE. 1965. *The Ponca tribe*. Bureau of American Ethnology Bulletin 195.
- HOWE, JAMES. 1979. How the Cuna keep their chiefs in line. *Man* 13:537-53-
- INGOLD, TIM. 1987. *The appropriation of nature: Essays on human ecology and social relations*. Iowa City: University of Iowa Press.
- JOFFE, NATALIE F. 1940. "The Fox of Iowa," in *Acculturation in seven American Indian tribes*. Edited by Ralph Linton, pp. 259-331. New York: Appleton Century.
- JOSEPHIDES, LISETTE. 1985. *The production of inequality: Gender and exchange among the Kewa*. London: Tavistock.
- KELLY, RAYMOND C. 1993. *Constructing inequality: The fabrication of a hierarchy of virtue among the Etoro*. Ann Arbor: University of Michigan Press, [BMK]
- KENT, SUSAN. 1983. The differentiation of Navajo culture, behavior, and material culture: A comparative study in culture change. *Ethnology* 22:81-91. [SK]
- . 1984. *Analyzing activity areas: An ethnoarchaeological study of the use of space*. Albuquerque: University of New Mexico Press, [SK]
- . 1989. And justice for all: The development of political centralization among newly sedentary foragers. *American Anthropologist* 9:703-12.
- . n.d. Sharing in a Kalahari community. *Man*. In press, [SK]
- KLUCKHOHN, CLYDE. 1966. *The Ramah Navajo*. Bureau of American Ethnology Bulletin 196, Anthropological Papers 79.

- KNAUFT, BRUCE B. 1987. Reconsidering violence in simple human societies: Homicide among the Gebusi of New Guinea. *CURRENT ANTHROPOLOGY* 28:457-500.
- . 1991. Violence and sociality in human evolution, *CURRENT ANTHROPOLOGY* 32:391-428.
- KRASINSKI, COUNT W. S. 1853. *Montenegro and the Slavonians of Turkey*. London: Chapman and Hall.
- KROEBER, ALFRED L. 1948. *Anthropology*. New York: Harcourt Brace.
- LANDTMAN, GUNNAR. 1938. *The originality of the inequality of the social class*. London: Kegan Paul, Trench, and Trubner.
- LANGLAS, CHARLES M., AND JAMES F. WEINER. 1988. "Big men, population growth, and longhouse fission among the Foi, 1965-79," in *Mountain Papuans: Historical and comparative perspectives*. Edited by J. F. Weiner, pp. 73-110. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- LAYTON, ROBERT. 1986. Political and territorial structures among hunter-gatherers. *Man* 21:18-33.
- LEACH, EDMUND. 1954. *Political systems in highland Burma*. Boston: Beacon Press.
- LEACOCK, ELEANOR. 1978. Women's status in egalitarian society: Implications for social evolution, *CURRENT ANTHROPOLOGY* 19:247-75.
- LEE, RICHARD B. 1979. *The !Kung San: Men, women, and work in a foraging society*. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 1982. "Politics, sexual and non-sexual, in an egalitarian society," in *Politics and history in band societies*. Edited by Eleanor Leacock and Richard Lee, pp. 37-59. London: Cambridge University Press.
- . 1988. "Reflections on primitive communism," in *Hunters and*

gatherers, vol. 1, *History, evolution, and social change*. Edited by Tim Ingold, David Riches, and James Woodburn, pp. 252-68. Oxford: Berg.

LEEDS, ANTHONY. 1962. "Ecological determinants of chieftainship among the Yaruro Indians of Venezuela." *Akten des 34 Internationalen Amerikanistenkongresses Wien 1960*.

LEPOWSKY, MARIA. 1990. Big men, big women, and cultural autonomy. *Ethnology* 24:35-50.

LEVINE, ROBERT. 1967. "The internationalization of political values in stateless societies," in *Personalities and cultures: Readings in psychological anthropology*. Edited by R. Hunt, pp. 185-203. Garden City: Natural History Press.

---- . 1973. *Culture, behavior, and personality*. Chicago: Aldine. LEVI-STRAUSS, CLAUDE. 1967. "The social and psychological aspects of chieftainship in a primitive tribe: The Nambikuara of northwestern Mato Grosso," in *Comparative political systems: Studies in politics of pre-industrial societies*. Edited by R. Cohen and J. Middleton, pp. 45-62. New York: Natural History Press.

LEWIS, I. M. 1961. *A pastoral democracy: A study of pastoral-ism and politics among the northern Somali of the Horn of Africa*. London: Oxford University Press for the International African Institute.

LINGENFELTER, SHERWOOD. 1977. *Yap: Political leadership and culture change in an island society*. Honolulu: University Press of Hawaii.

LOPREATO, JOSEPH, AND PENNY ANTHON GREEN. 1990. "The evolutionary foundations of revolution," in *Sociobiology and conflict: Evolutionary perspectives on competition, cooperation, violence, and warfare*. Edited by J. van der Dennen and V. Falger, pp. 107-22. London: Chapman and Hall.

LOWIE, ROBERT. 1940. *An introduction to cultural anthropology*. New York: Rinehart.

- . 1949. Social and political organization of South American Indians. *Bureau of American Ethnology Bulletin* 143.
- LUTKEHAUS, NANCY c. 1985. The flutes of the *tanepoa*: The dynamics of hierarchy and equivalence in Manam. Ph.D. diss., Columbia University, New York, N.Y.
- . 1990. Hierarchy and "heroic society": Manam variations in Sepik social structure. *Oceania* 60:179-97.
- MACNEISH, JUNE HELM. 1956. Leadership among the Northeastern Athabascans. *Anthropologica* 2:131-63.
- MAN, E. H. 1882. *Aboriginal inhabitants of the Andaman Islands*. Pt. 1. London: Trubner.
- MARS, GERALD. 1988. "Hidden hierarchies in Israeli kibbutzim," in *Rules, decisions, and inequality in egalitarian societies*. Edited by James G. Flanagan and Steve Rayner, pp. 98-112. Aldershot: Avebury, [SR]
- MAYBURY-LEWIS, DAVID. 1967. *Akwe-Shavante society*. Oxford: Clarendon Press.
- MEGGITT, MERVYN J. 1962. *Desert people: A study of the Walbiri Aborigines of Central Australia*. Sydney: Angus and Robertson.
- . 1977. *Blood is their argument*. Palo Alto: Chandler and Sharp.
- METRAUX, ALFRED. 1946. Ethnography of the Chaco. *Bureau of American Ethnology Bulletin* 143:197-370.
- . 1948. The tribes of the east slopes of the Bolivian Andes. *Bureau of American Ethnology Bulletin* 143:465-506.
- MIDDLETON, JOHN, AND DAVID TAIT. Editors. 1958. *Tribes without rulers: Studies in African segmentary systems*. London: Routledge and Kegan Paul.
- MIRSKY, JEANNETTE. 1937. "The Eskimo of Greenland," in *Cooperation and competition among primitive peoples*. Edited by Margaret Mead, pp. 51-66. New York: McGraw-Hill.

- MITCHELL, WILLIAM E. 1978. On keeping equal: Polity and reciprocity among the New Guinea Wape. *Anthropological Quarterly* 51:5-15
- . 1988. The defeat of hierarchy: Gambling as exchange in a Sepik society. *American Ethnologist* 4:638-57.
- MITHEN, STEVEN J. 1989. Modeling hunter-gatherer decision making: Complementing optimal foraging theory. *Human Ecology* 17:59-83-
- MOORE, ALEXANDER. 1984. From council to legislature: Democracy, parliamentarianism, and the San Blas Cuna. *American Anthropologist* 86:28-42.
- MOORE, SALLY FALK. 1972. "Legal liability and evolutionary interpretation: Some aspects of strict liability, self-help, and collective responsibility," in *The allocation of responsibility*. Edited by M. Gluckman, pp. 51-107. Manchester: Manchester University Press.
- MYERS, FRED R. 1980. The cultural basis of politics in Pintupi life. *Mankind* 12:197-214.
- MORGAN, LEWIS H. 1901, *League of the Ho-De-No-Sau-Nee or Iroquois*. Vol. i. New York: Burt Franklin.
- NELSON, EDWARD W. 1899. *The Eskimo about Bering Strait*. Bureau of American Ethnology Publication 18.
- NETTING, ROBERT MCC. 1990. "Population, permanent agriculture, and polities: Unpacking the evolutionary portmanteau," in *The evolution of political systems: Sociopolitics of smallscale sedentary societies*. Edited by Steadman Upham, pp. 21-61. Cambridge: Cambridge University Press.
- NISHIDA, T. 1979. "The social structure of chimpanzees of the Mahale Mountains," in *The great apes*. Edited by D. A. Hamburg and E. R. McCown, pp. 73-122. Menlo Park, Calif.: Cummings.
- OPLER, MARVIN K. 1940. "The Southern Ute of Colorado," in *Acculturation in*

seven American Indian tribes. Edited by Ralph Linton, pp. 119-203. New York: Appleton Century.

ORTIZ, SUTTI. 1967. "The structure of decision making among Indians in Colombia," in *Themes in economic anthropology*. Edited by Raymond Firth, pp. 191-228. London: Tavistock.

OTTERBEIN, KEITH. 1986. *The ultimate coercive sanction: A cross-cultural study of capital punishment*. New Haven: HRAF Press.

---- . 1987. Comment on: Reconsidering violence in simple human societies, by Bruce M. Knauft. CURRENT ANTHROPOLOGY 28:484-85.

---- . 1988. Reply [to Dentan]. CURRENT ANTHROPOLOGY 29:633-35. [KFO]

---- . 1991. Comment on: Violence and sociality in human evolution, by Bruce M. Knauft. CURRENT ANTHROPOLOGY 32:413-14. [RKD, KFO]

PAYNTER, ROBERT. 1989. The archaeology of equality and inequality. *Annual Review of Anthropology* 18:369-99.

PILLING, ARNOLD R. 1968. "Southeastern Australia: Level of social organization," in *Man the hunter*. Edited by R. B. Lee and I. DeVore, pp. 138-45. Chicago: Aldine-Atherton.

POSPISIL, LEOPOLD. 1963. *The Kapauku Papuans of western New Guinea*. New York: Holt Rinehart and Winston.

PRICE, T. DOUGLAS, AND JAMES A. BROWN. Editors. 1985. *Prehistoric hunter-gatherers: The emergence of cultural complexity*. New York: Academic Press.

RADCLIFFE-BROWN, A. R. 1922. *The Andaman Islanders: A study in social anthropology*. Cambridge: Cambridge University Press.

RAYNER, STEVE. 1982. "The perception of time and space in egalitarian sects: A millenarian cosmology," in *Essays in the sociology of perception*. Edited by Mary Douglas, pp. 247-301. London: Routledge and Kegan Paul, [SR]

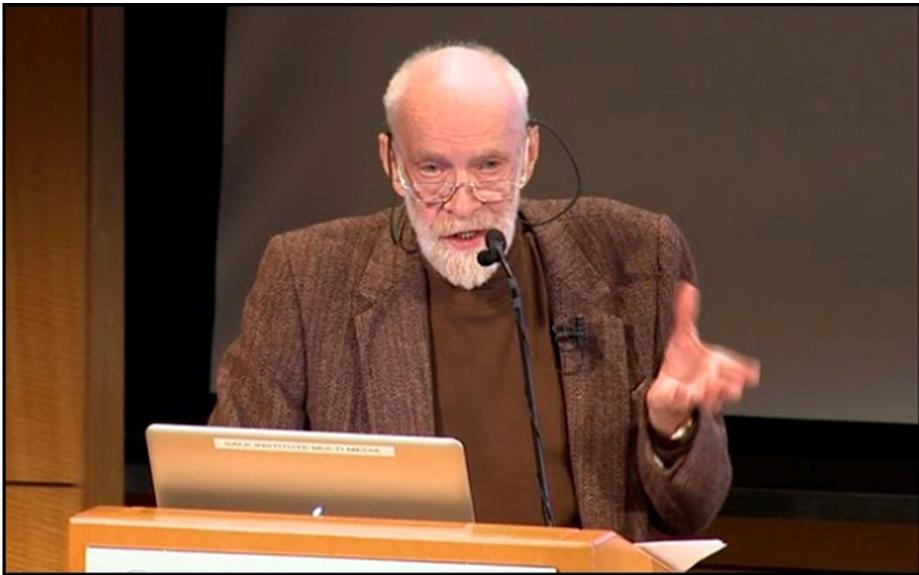
- . 1986. "The politics of schism," in *Power, action, and belief*. Edited by John Law, pp. 46-67. London: Routledge and Kegan Paul, [SR]
- . 1988. "The rules that keep us equal: Complexity and costs of egalitarian organization," in *Rules, decisions, and inequality in egalitarian societies*. Edited by James G. Flanagan and Steve Rayner, pp. 20-42. Aldershot: Avebury, [SR]
- READ, KENNETH E. 1959. Leadership and consensus in a New Guinea society. *American Anthropologist* 61:425-36.
- REAY, MARIE. 1967. "Present-day politics in the New Guinea highlands," in *Comparative political systems: Studies in the politics of pre-industrial societies*. Edited by R. Cohen and J. Middleton, pp. 193-215. Garden City: Natural History Press. RICHES, DAVID. 1982. *Northern nomadic hunter-gatherers: A humanistic approach*. New York: Academic Press.
- RIGBY, PETER. 1988. Class formation among East African pastoralists: Maasai of Tanzania and Kenya. *Dialectical Anthropology* 13:63-81.
- ROBARCHEK, CLAYTON A. 1979. Conflict, emotion and abreaction: Resolution of conflict among the Semai Senoi. *Ethos* 7:104-23. [RKD]
- . 1989, Primitive warfare and the ratomorphic image of mankind. *American Anthropologist* 91:903-20. [RKD]
- ROGERS, EDWARD S. 1969. "Band organization among the Indians of Eastern Subarctic Canada," in *Contributions to anthropology: Band societies*. Edited by D. Damas, pp. 21-50. Ottawa.
- ROUSSEAU, JEROME. 1980. Iban inequality. *Bijdragen tot de Taal-, Land- en Volkenkunde* 136:52-53.
- SACKSCHEWSKY, M., D. GRUENHAGEN, AND J. INGEBRITSON. 1970. "The clan meeting in Enga society," in *Exploring Enga culture: Studies in missionary anthropology*. Wapena- manda: Kristen.

- SAHLINS, MARSHALL. 1959. The social life of monkeys, apes, and primitive man. *Human Biology* 31:54-73.
- . 1962. Poor man, rich man, chief: Political types in Melanesia and Polynesia. *Comparative Studies in Society and History* 5:285-303.
- . 1968. *Tribesmen*. New York: Prentice-Hall. SALZMAN, PHILIP c. 1979. "Inequality and oppression in nomadic society." *Pastoral production and society: Proceedings of the International Meeting on Pastoral Nomadism, Paris 1976*, pp. 429-46. Cambridge: Cambridge University Press.
- SCHAPERA, I. 1967. *Government and politics in tribal societies*. New York: Schocken.
- SCHNEIDER, HAROLD. 1979. *Livestock and equality in East Africa: The economic basis for social structure*. Bloomington: Indiana University Press.
- SERVICE, ELMAN R. 1962. *Primitive social organization: An evolutionary perspective*. New York: Random House.
- . 1971. "Our contemporary ancestors: Extant stages and extinct ages," in *Cultural evolutionism: Theory in practice*. Edited by E. Service, pp. 151-57. New York: Holt Rinehart and Winston.
- . 1975. *Origin of the state and civilization: The process of cultural evolution*. New York: Norton.
- SHARP, R. LAURISTON. 1958. "People without politics: The Australian Yir Yoront," in *Systems of political control and bureaucracy in human societies*. Edited by Verne F. Ray, pp. 1-8. Seattle: American Ethnological Society.
- SHEPARDSON, MARY. 1967. "The traditional authority system of the Navajos," in *Comparative political systems: Studies in politics of pre-industrial societies*. Edited by R. Cohen and J. Middleton, pp. 143-54. Garden City: Natural History Press. SILBERBAUER, GEORGE. 1981. *Hunter and habitat in the Central Kalahari Desert*. Cambridge: Cambridge University Press. [SK]

- . 1982. "Political process in G/wi bands," in *Politics and history in band societies*. Edited by Eleanor Leacock and Richard Lee, pp. 23-35. Cambridge: Cambridge University Press. [SK]
- SIMMONS, LEO W. 1942. *Sun chief: The autobiography of a Hopi Indian*. New Haven: Yale University Press.
- SLOBODIN, RICHARD. 1969. "Leadership and participation in a Kutchin trapping party," in *Contributions to anthropology: Band societies*. Edited by D. Damas, pp. 56-89. Ottawa.
- SMOCK, DAVID. 1969. *Conflict and control in an African trade union: A study of the Nigerian Coal Miners' Union*. Stanford: Hoover Institution Press, [JDH]
- SPENCER, BALDWIN, AND F. J. GILLEN. 1976. "The avenging party in Central Australia," in *The evolution of human adaptations: Readings in anthropology*. Edited by J. Poggie, Jr., G. H. Peltó, and P. J. Peltó, pp. 262-64. New York: Macmillan.
- STEWART, JULIAN H. 1938. *Basin-Plateau aboriginal sociopolitical groups*. Bureau of American Ethnology Bulletin 120.
- . 1955. *Theory of culture change*. Urbana: University of Illinois Press.
- STRATHERN, MARILYN. Editor. 1987. *Dealing with inequality: Analysing gender relations in Melanesia and beyond*. Cambridge: Cambridge University Press.
- TEIT, JAMES. 1930. *The Coeur d'Alene*. Bureau of American Ethnology Report 45.
- TONKINSON, ROBERT. 1978. *The Mardudjara Aborigines: Living the dream in Australia's desert*. New York: Holt Rinehart and Winston.
- . 1988. "Ideology and domination' in Aboriginal Australia: A Western Desert test case," in *Hunters and gatherers, vol. 2, Property, power, and ideology*. Edited by Tim Ingold, David Riches, and James Woodbum, pp. 150-64. Oxford: Berg.

- TRIVERS, ROBERT. 1985. *Social evolution*. Menlo Park, Calif.: Cummings, [BMK]
- TURNBULL, COLIN M. 1965a. *Wayward servants: The two worlds of the African Pygmies*. Westport: Greenwood Press.
- . 1965 b. *The Mbuti Pygmies: An ethnographic survey*. American Museum of Natural History Anthropological Papers 50 (3).
- TURTON, DAVID. 1977- "War, peace, and Mursi identity," in *Warfare among East African herders*. Edited by K. Fukui and D. Turton, pp. 179-211. Osaka: National Museum of Ethnology.
- VAYDA, ANDREW p. 1989. Explaining why Maring fought. *Journal of Anthropological Research* 45:159-77.
- VEHRENCAMP, s. L. 1983. A model for the evolution of despotic versus egalitarian societies. *Animal Behavior* 31:667-82.
- VIVELO, FRANK R. 1977. *The Herero of western Botswana: Aspects of change in a group of Bantu-speaking cattle herders*. St. Paul: West.
- WAAL, FRANS DE. 1982. *Chimpanzee politics*. London: Jonathan Cape.
- WAAL, FRANS DE, AND LESLEIGH M. LUTTRELL. 1987. Mechanisms of social reciprocity in three primate species: Symmetrical relationship characteristics or cognition? *Ethology and Sociobiology* 9:101-18.
- WATSON, JAMES B. 1983. *Tairora culture: Contingency and pragmatism*. Seattle: University of Washington Press.
- WEYER, EDWARD M. 1967. "The structure of the social organization among the Eskimo," in *Comparative political systems: Studies in the politics of pre-industrial societies*. Edited by R. Cohen and J. Middleton, pp. 1-13. Garden City: Natural History Press.
- WILSON, DAVID S. 1980. *The natural selection of populations and communities*. Menlo Park, Calif.: Cummings.
- WOLF, ERIC. 1982. *Europe and the peoples without history*. Berkeley: University of California Press, [JDH]

- WOODBURN, JAMES. 1979- "Minimal politics: The political organization of the Hadza of North Tanzania," in *Politics in leadership: A comparative perspective*. Edited by William A. Shack and Percy S. Cohen, pp. 244-66. Oxford: Clarendon Press.
- . 1982. Egalitarian societies. *Man* 17:431-51.
- . 1988. "African hunter-gatherer social organization: Is it best understood as a product of encapsulation?" in *Hunters and gatherers*, vol. 1, *History, evolution, and social change*. Edited by Tim Ingold, David Riches, and James Woodbum, pp. 31-64. Oxford: Berg.
- WRANGHAM, RICHARD. 1987. "African apes: The significance of African apes for reconstructing social evolution," in *The evolution of human behavior: Primate models*. Edited by W. G. Kinzey, pp. 51-71. Albany: SUNY Press.



ACERCA DEL AUTOR

CHRISTOPHER BOEHM es Director del Centro de Investigación Jane Goodall, Departamento de Antropología, Universidad del Sur de California (Los Ángeles, California 90089, EE. UU.). Recibió su licenciatura en filosofía de Antioch College en 1959 y su Ph.D. en antropología social de la Universidad de Harvard en 1972. Ha enseñado en MIT (1970–72), Sarah Lawrence College (1972–74), Northwestern University (1974–78) y Northern Kentucky University (1978–91) y ha realizado trabajo de campo sobre comunicación vocal y resolución de conflictos entre chimpancés en el Centro de Investigación Gombe Stream en Tanzania y sobre ética y control social en Montenegro. Sus publicaciones incluyen *Blood Revenge* (Philadelphia:

University of Pennsylvania Press, 1986), *Organización y valores sociales de los Montenegrios* (Nueva York: AMS Press, 1983), "Ambivalencia y compromiso en la naturaleza humana" (*American Anthropologist* 91: 921–39), y "'Guerra' segmentaria y manejo de conflictos: comparación de chimpancés de África Oriental y humanos patrilineales–patrilocales", en *Us Against Them*, editado por A. Harcourt y F. de Waal (Oxford: Oxford University Press, 1992). El presente documento fue presentado en forma final el 29 de enero de 1992.